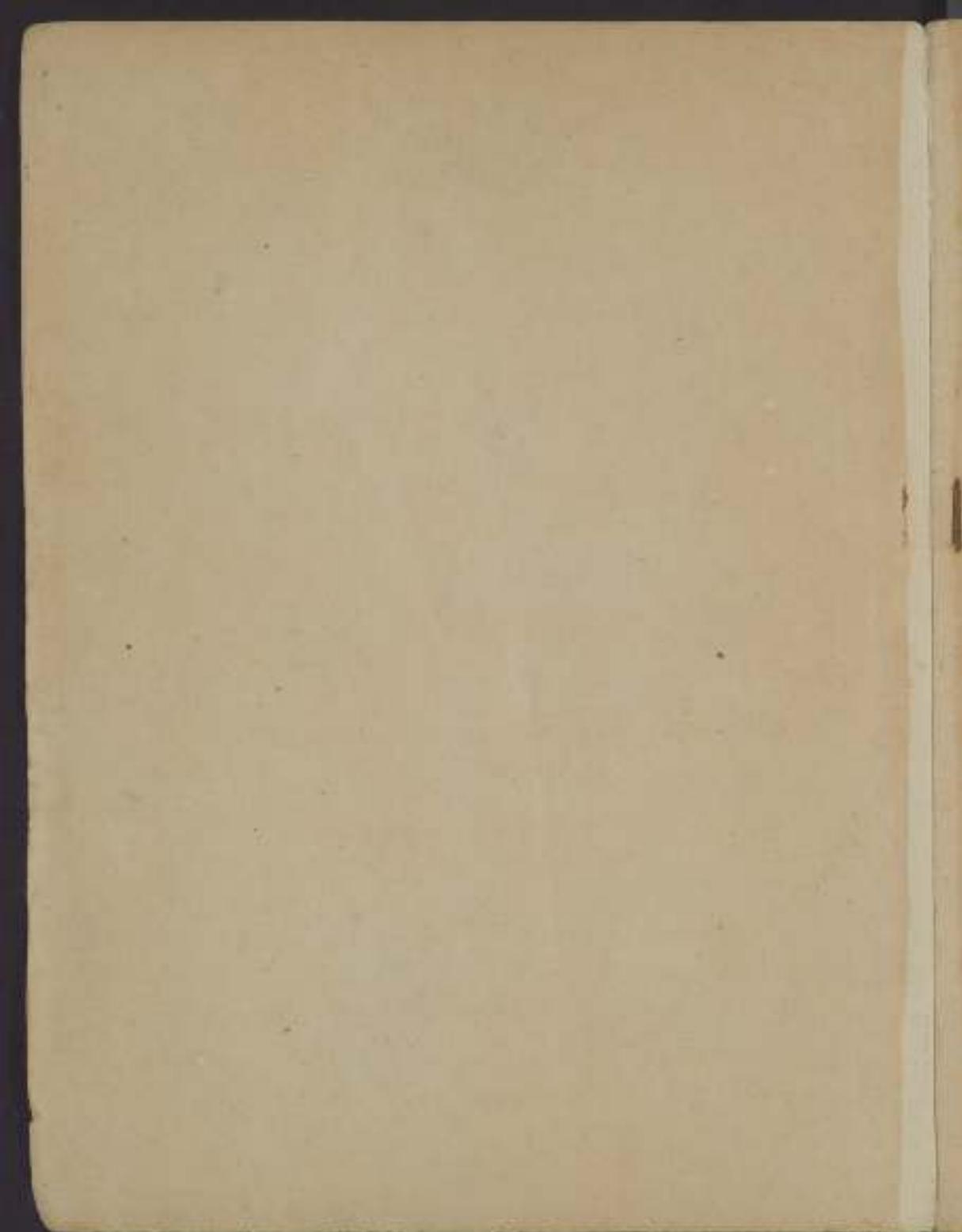


El Acorazado SEBASTOPOL

CAMILA HORN
FRITZ KAMPERS

2^{PTS}





lib. org. Weibc sklaven

**HISPANIA
TODIS**

PRESENTA

la gran superproducción

EL ACORAZADO SEBASTOPOL

PROTAGONISTA

CAMILA HORN

CON

Teodoro Loos - Fritz Kampers - Werner Hinz - Agnes Straub
A. Engel - Wili Sahu

Director: CARL ANTON

Argumento novelado

C. Cinema

Publicación mensual

AÑO IV

30 SEPTIEMBRE 1941

NÚM. LII

NOTICIARIO

Arturo Pérez Camarero.—El infatigable codificador de una larga serie de documentales de corto metraje, aplaudidos por los públicos de toda España, ha sido ventajosamente contratado por la productora Levantina Films, para actuar como supervisor en la próxima película de este metraje, y en la que actuará como director el conocido Ramón Cuadrecas.

Centro Español Cinematográfico.—En virtud de las reuniones y acertadas disposiciones respecto a las películas españolas de corto metraje, esta entidad productora y distribuidora proyecta la realización de varias películas cómicas de un rollo, a base de los conocidos caricatos Roberto Foss y Píxelot. Dichos films serán dirigidos por Antonio García de Manilla, director propietario de C. E. C., y de cuya pericia como director quedó constancia en *Una obra en marcha* documental que para la Delegación Nacional de Auxilio Social rodó meses atrás y cuyo éxito quedó bien patente en cuantas proyecciones se exhibe la citada película.

Benito Perojo.—Parece ser que, al fin, Benito Perojo va a afrontar la realización de un título en el que piensa desde hace tiempo. Nos referimos a *Gotitas*, película que recordamos que estaba en turno de preferencia a la iniciación del Movimiento Nacional por parte de este ex-

porto director. Parece ser que el nombre de Imperio Argentina no es ajeno del todo a los planes de Perojo.

José Luis Sáenz de Heredia.—Una vez concluido el montaje de *Kupa*, su director, José Luis Sáenz de Heredia, procederá a la realización de otra película sobre argumento y guión del mismo autor de *A sol no me viera usted*.

Estudios de Aranjuez, S. A.—Tras un prolongado silencio, Estudios de Aranjuez S. A., van a reanudar sus actividades bajo nueva empresa y dirección. Los planes inmediatos parecen referirse a la filmación de películas propias, con lo que el establecimiento de la entidad parisiense-filial sería lógica consecuencia.

Varios son los asuntos que a este respecto se trabajan en la carpeta de proyectos de Estudios de Aranjuez, S. A., pero entre ellas sabemos que hay uno que, al presente, goza de general simpatía en el seno de la referida entidad. Se trata de un guión de Carlos Fernández Cuenca, sobre argumento de Andrés Barea y diálogos de Enrique Jardiel Poncela. De la dirección de este film se encargaría el citado Carlos Fernández Cuenca.

La última llamada.—Den- tre de muy breves días, y tan pronto estén ultimados

los preparativos, dará comienzo Ricardo Quirama al rodaje de *La última llamada*, película de roció y viril argumento, que, sin duda, marcará una fecha en la historia del joven codificador de *Jai-Alai*.

Saeta Films.—En Saeta Films están muy contentos, y en particular su director propietario, el ya popular don Césreo González. Causa de tal alegría es la seguridad de que, consignados a la citada entidad, vienen rumbo a España cinco películas extranjeras, producto de la última hornada cinematográfica de Alemania las cuales son:

De la categoría de los citados films puede el lector juzgar, a la vista de los nombres de algunos protagonistas, que son: Gary Cooper, Merle Oberon, Herbert Marshall, etc., etc.

Todo esto, unido al éxito de *La rueda de la vida*, su próxima película española, hacen de don Césreo González el productor más optimista y uno de los que con mayor acierto han enfocado la producción cinematográfica.

Ena Arda.—La ya popular bellera platina de nuestras mejores películas ha dejado de amirarse ese "rubio sing" que tanto beneficia a las chinas y a los extranjeros, y se ha convertido en una morena que no decimos clara, porque es de marrón. Y lo mejor es que Ena morena está más guapa que rubia.

El Acorazado Sebastopol

T

Transcurría, nervioso e inquieto, el año 1917. Los avatares de la Gran Guerra habían influido notablemente en media Europa, y con más arraigo en Rusia, la gran Rusia de los Zares, convulsionada por su intervención en el conflicto mundial y no muy bien librada en él.

El pueblo ruso, minado en sus cimientos por la semilla demoleadora de la propaganda bolchevique, se agitaba convulsionado, ahogando en la sombra sus ansias de explosión, desde la frontera china a los Urales y desde Odesa a las soledades blancas de Irkutsk, sin que la confianza, un poco ciega, de los que gobernaban el extenso territorio viese en esta inquietud mal disimulada algo más que el eterno vaivén de unos comatos débiles de protesta, que siempre morían ahogados apenas la primera chispa de rebelión trataba de encender.

Por aquellos días el acorazado *Sebastopol*, una de las más modernas y temibles unidades de la Marina de guerra rusa, regresaba a su base de Sebastopol después de un largo cruce por los dilatados mares rusos en viaje de prácticas, y la tripulación, ansiosa de pisar nuevamente tierra firme, se preparaba al desembarco con esa alegría infantil que todo marino pone en su alma cuando, tras larga ausencia, divisa de nuevo la lejana estollera de la patria que le vio nacer.

A bordo del hermoso barco todo era alegría y nervosismo. La rada, ya a la vista, anunciaba el momento próximo del desembarco, y desde el último guardia marina al capitán contemplaban con ansia la tierra cercana y sentían en sus ojos la caricia húmeda de una lágrima de emoción al pensar en el momento anhelado de poner pie en tierra firme.

En una de las cámaras destinadas a la oficialidad, el conde Kostja Volkoff, oficial recién ascendido por méritos de disciplina y comportamiento, se apresuraba a poner en orden sus efectos, y con el empujón de una damisela, procedía a afeitarse ante un espejo, mientras su asistente, Ivan, se preocupaba de tener a punto el blanco y dorado uniforme de gala que el conde había de lucir.

Kostja era un mocetón alto, rubio, de pelo rizado y facciones correctas, en cuyos ojos brillaba la alegría de una vida plena de esperanzas, y su asistente, Ivan, un mocetón ya entrado en años, pero con la musculatura de un atleta y unos ojos risueños y maliciosos, en los que siempre brillaba la chispa del humorismo unido a esa luz extraña que poseen todos los hombres enérgicos y prontos a saberse sacrificar por una adhesión leal hacia la persona a quien sirven.

El teniente Kostja, mientras procedía a su peinado, exclamó con infinita alegría:

—Una vez más volvemos a pisar esta bendita tierra de Sebastopol.

Ivan, aludiendo a los recientes y dorados galones que adornaban esta vez la tirilla del uniforme de su señor dijo, sonriendo bonachonamente:

—Alteza, permítame ser el primero en felicitarle.

—Gracias, Ivan.

—¡Qué alegría más grande recibi-

rá la novia de Su Alteza, la señorita Nanja, cuando le vea y sepa lo de su ascenso!

—¿Tú crees? ¿Y por ti, quién se alegrará, Ivan?

—¡Oh, Alteza!—replicó el asistente, mientras buscaba en sus bolsillos, para terminar por sacar de ellos una amplia colección de fotografías femeninas, que fué repasando—. Aquí, en Sebastopol, es la Simaida.

Y al hacer la afirmación mostraba a su jefe el retrato de una esbelta muchacha desahucadamente vestida con un ridículo traje de noche de corte casero que, aun carente de elegancia, denotaba a la legua la vulgaridad de la persona que lo vestía.

No hacía falta ser un gran psicólogo para adivinar que "la dama" de la foto pertenecía a esa clase baja y vulgar que amenaza la vida marinera en los tugurios de los puertos cantando canciones atrabilarias o regentando un boliche de los muelles; y el conde, después de contemplar un momento la figura de la foto, sonrió, comprensivo:

—¿Te casarás con ella, Ivan?—preguntó irónicamente.

El mocetón se rascó la cabeza perplejo y replicó:

—Eso es lo que ella quisiera, pero... ¿no le parece que sería algo cruel para las otras que esperan en los demás puertos?

El conde rió de buena gana y dió

por terminado su tocado, procediendo a terminar de vestirse con la ayuda de su asistente.

Este, al observar que se disponía a prepararse para bajar a tierra, sacó misericordemente algo del bolsillo, y, dejándolo sobre la mesita, exclamó:

—Alteza, permítame que le regale este anillo. Es una pata de cabra que me regaló una gitana. Acéptelo, que le traerá la suerte.

Kostja sonrió y, rechazando el regalo, contestó:

—Gracias. No soy supersticioso.

Luego, recordando algo que al parecer quería mantener en secreto, preguntó:

—¿Has contado algo sobre mi promesa con Nanja, la hija del gobernador de esta plaza?

Ivan, muy digno, adelantó las manos como horrorizado por la suposición y contestó muy serio:

—¡Oh, ni una palabra a nadie, Alteza!

En aquel momento se abrió la puerta del camarote y un grupo de oficiales, compañeros todos del conde, se adelantó en tropel. Uno de ellos portaba entre sus brazos un lindo perrito blanco que apenas contaría un mes de existencia.

El que capitaneaba el grupo exclamó:

—Querido Kostja, en nombre de los camaradas te entrego al más jo-

ven de la tripulación para que se lo ofrezcas como regalo a tu futura.

El joven se quedó confuso y preguntó, extrañado:

—Gracias, pero no sé todavía a qué obedece esto...

—¿A qué va a obedecer? Ivan nos lo ha contado todo y...

El conde volvió los ojos, furioso, hacia su asistente, que se replegó hacia el fondo del camarote cómicamente asustado, y en aquel momento un oficial penetró para advertir:

—El comandante desea hablar con los señores oficiales.

Todos se apresuraron a subir a cubierta, y Kostja, recriminando a su asistente al tiempo que se disponía a salir, advirtió:

—¡Esto te salva, Ivan!

El chismoso asistente, al observar lo fácilmente que había escapado a aquella escabrosa situación, tomó la pata de cabra y la besó furtivamente, guardándosela de nuevo. No le cabía duda alguna que el regalo de la gitana le había dado suerte.

En el palacio fortaleza de la plaza, el gobernador, un hombre alto, recto, algo entrado en años, pero con andares firmes y ojos acorados, con el tipo clásico del militar acostumbrado que en todo momento sabe ser fiel a sus convicciones y a sus juramen-

tos, despachaba sus asuntos en un bello despacho cuajado de libros junto a su ayudante.

Boris, el ayuda de cámara del gobernador, atento, al parecer, a sus tareas, aunque más preocupado de los movimientos de su señor, iba y venía de un lado para otro, aparentemente estoico e indiferente a todo, pero con el oído atento a cualquier palabra escapada en el seno de la confianza allí reinante.

Un mensajero, el radiotelegrafista del palacio, llegó hasta la cámara del jefe, portando un papel en la mano, del que hizo entrega.

—Un radio para el señor gobernador.

Este lo tomó, y después de abrirlo, leyó en voz alta: "Entramos en el puerto. Espero instrucciones."

El gobernador, dirigiéndose a su ayudante, exclamó:

—Dentro de poco atracará el Sebastopol. Telegráfíe diciendo: "Bienvenidos. Hoy tarde espero oficialidad."

El telegrafista partió, seguido por la asustante mirada de Boris, el mayordomo, y el ayudante, algo nervioso, advirtió, dirigiéndose al gobernador:

—No cree más conveniente prohibir a la marinería que desembarque?

—¿Por qué razón?... Después de tres meses de privaciones prohibirles que se diviertan?... ¡No; eso, no!

—¿Qué es lo que teme usted?

—No sé, pero... las cosas no están muy claras y...

—¿Cree usted, acaso, que en la Marina Imperial los marineros son revolucionarios?

—Yo no puedo afirmar nada, pero la rebelión en Kronstadt...!

—¡Bah! Eso ha sucedido cientos de veces. Un poco de tumulto... algunos gritos, y ¡nada ocurrió!

—Estamos en guerra.

—Pues un poco de serenidad, y con no provocar, nada sucederá...

* * *

Mientras el gobernador y su ayudante discutían las conveniencias de desembarcar o no, Nanja, la hija de Su Excelencia, que había salido a dar un paseo a caballo, regresaba apresuradamente al palacio con el nervosismo propio de su carácter joven y dinámico.

La muchacha, de una atractiva belleza, rubia y serena, vestida con un bello traje de amazona de larguísima falda, desmontó a la puerta del palacio, y portando en la mano los guantes y el pequeño látigo, se apresuró a subir la amplia escalinata, en cuyo final, Boris, el ayuda de cámara, que la había visto llegar, esperaba en actitud respetuosa y expectante, la subida de la joven.

Ella, al llegar a los últimos escalones del rellano, dió un paso en falso y estuvo a punto de caer. La rápida ayuda de Boris lo impidió, pero por un momento la joven reposó en sus brazos en una actitud desfallecida, y por un momento también la faz del mayoritomo reflejó un sentimiento de codicia tan intenso, que, sin poderlo disimular, estuvo a punto de dejarse vencer por él y estampar un beso en la linda boca de la muchacha que de forma tan inopinada y propicia le ofrecía la ocasión tentadora.

Todo fué como una ráfaga. Nanja recobró rápidamente el equilibrio, desasíendose del abrazo furtivo de Boris, y éste, disensionando sus músculos, soltó su presa flácidamente con una sonrisa servil.

—¡Gracias, Boris!—fué el comentario de ella—. ¿Dónde está mi mamá?

—En el despacho de Su Excelencia.

Ella corrió como una gacela por los pasillos y, penetrando inopinadamente en la estancia de su padre y encarándose con él y con su madre, preguntó anhelante:

—Papá, ¿es verdad que el *Sebastopol*...?

—Sí, hija mía. Está entrando en el puerto.

—¿En qué rada?

—No te preocupes. Esta tarde

vendrán aquí los oficiales. He invitado a todos.

Pero la muchacha, sin dar oídos a la advertencia, abandonó el despacho, saltando de gozo.

Al socaire del optimismo del gobernador de la plaza dando permiso a la tripulación del acorazado para desembarcar, la marinería se había desperdigado por los muelles, dándose cita tácita en la taberna de *Pedro el Grande*, un boliche lóbrego, con perfumes de lica, cuya propietaria era Sinaida, el amor pasajero y fugaz de Ivan, el asistente del conde Kostja.

El amplio cuadrilátero que servía de marco al boliche encontrábase atestado de esa clientela *rai género* de las tabernas de los puertos.

Sobre las toscas mesas, el vodka acre y alarazador encendía los ojos y resecaaba los labios, prendicando en los turbios espíritus de la marinería ansias homicidas, ramalazas de rebelión, ahogada, pero no dormida, en los fondos de los pechos; impulsos atávicos de destruir por el placer de hacerlo sin una finalidad práctica y razonada, algo pleno de animalidad primitiva, que la propaganda morboza y oculta fué encendiendo en sus almas como un volcán, pronto a ex-

plotar al primer chisporazo que prendiese la carga destructora que llevaba dentro.

Toda la gama variada de razas que abarcan los cuatro puntos cardinales del dilatado reino se encontraba representada en el boliche. Tártaros, caucasicos, mongoles, rostros barbudos de la alta Siberia, ojos rasgados de la frontera china, plebs bronceadas de origen indio, ese conglomerado de cruce de razas, mitad asiáticas, mitad europeas, habíanse dado cita en el local, apostando a tabaco y a alcohol, y los ojos siempre brillantes, siempre recelosos de la clientela, clavábanse, aflorantes de deseos insatisfechos, en el fondo del salón, donde, anida sobre un toscó taldarillo, tratando de seguir el ritmo chillón y agudo de un piano desafinado, una especie de tanguista al uso desgranaba una canción canalla de puerto, matizando el estrépido de la cantata con gestos procaces y enérgicos, como si la razón de éstos bastase a poner un poco de arte al sonsonete áspero y rezongón de la orquesta.

Tras el mostrador, siguiendo con mirarla vigilante la actitud de la clientela, Simaída, vestida de un modo procaz y arbitrario, con un llamativo traje de *roirée*, adquirido Dios sabía en qué barmitillo de la ciudad, se ocupaba en clasificar botellas y en preparar bebidas enloquecedoras para los resacaes bebedores, resacaes de tanto

tiempo de abstinencia a bordo de las naves.

De repente, la figura socarrona y algo infantil de Ivan sugió cerca de Simaída, abrazándola apasionadamente, mientras gritaba:

—¡Simaída, palomita!

Ella le contempló con gesto entre burlón y desgarrado y replicó al unido:

—¡Al fin has vuelto, Ivan!

—¡Pues claro... ¿No me ves?

Ella, recordando algo desagradable, replicó:

—La última vez te fuiste por un momento y...

Ivan, presintiendo que iba a desarrollarse una escena de reproches, trató de quitar importancia al asunto, atajándola:

—¡Ah, sí! ¡Quería afeitarme!...

—¿Sabes cuánto tiempo has pasado afeitándote? Pues tres años.

Ivan, con gesto cómico, sólo tuvo ánimos para replicar:

—¿Cómo pasa el tiempo!

Luego, queriendo suavizar el agudo enojo de ella, buscó entre su blusa un retrato, que mostró sonriendo a Simaída, al tiempo que advertía:

—Pero he vuelto. Te llevo siempre en mi corazón... Mira.

Y le mostraba el retrato, que había tenido buen cuidado en seleccionar entre su amplio stock para no sufrir una funesta equivocación.

En tanto los dos amantes saboreaban

ban las miles de la nueva unión, en la sala, atronada por los gritos enérgicos y destemplados de la cantante, se observaba un inusitado y misterioso nervosismo. Todos se miraban con recelo, como esperando algo que tardaba en llegar, y se interrogaban ansiosamente con sus ojos cargados de alcohol y de odio.

Sigilosamente, un emisario de Boris hizo su entrada en el local, y, fingiendo que bebía del vaso del compañero más cercano, murmuró a su oído:

—Todo preparado, pero, ¡mucho cuidado! Corred la voz.

Se acercó a otro, buscando un lógico pretexto para hacerlo, y murmuró:

—No despertad sospechas. Ese dará la señal.

Y se confundió entre el gentío que llenaba el local, mientras las bocas se iban acercando a los oídos, murmurando frases cortantes y rápidas, y las manos se crispaban en los vasos con un nervosismo imposible de reprimir.

II

La oficialidad del *Sebastopol*, aceptando la invitación del gobernador de la plaza, acudió al palacio, gozosa y predispuesta a pasar un día agradable.

El jefe de la fortaleza, en unión de su esposa, hacía los honores a los invitados, y aquél, encarándose con el capitán del acorazado, preguntó:

—¿Está usted contento, capitán?

El interpelado tuvo un gesto de duda, y replicó:

—Sí, pero... ¿qué piensan ustedes de la situación?

—¡Bah! Tranquilidad absoluta nunca la hubo. Rusia es inmensa y siempre habrá descontentos y quienes alienten la tea de la discordia.

—Tengo algunas noticias de huelgas alarmantes... rebelión...

—Bien. ¿Ocorre esto por primera vez? Luchas las hay en todas partes, pero, al final, ya verá usted cómo nada grave sucede.

—Me consuela saber que es usted tan optimista.

El gobernador cambió de conversación y preguntó, interesado:

—Creo que el conde Wolgoff ha sido ascendido, ¿no? Buen marinero!

En aquel momento la oficialidad hacia su entrada en el salón. El teniente Kostja, con un precioso ramo de flores, altivamente embutido en su impecable uniforme blanco y oro, formal en el collar, sonriendo con satisfacción.

El gobernador, segundo de su esposa, se adelantó al grupo, saludando a todos efusivamente, mientras decía:

—¡Aquí está la juventud! ¡Bien venidos, señores!

Luego, dirigiéndose en particular al joven teniente, agregó:

—¿Qué sorpresa, conde Wolgoff! Mi felicitación.

El conde quiso estrechar la mano del gobernador, pero el ramo de rosas que llevaba le azoró un poco y tuvo que hacer muchas filigranas para no provocar la risa de los concurrentes.

En aquel momento, Nanja, grácil, vaporosa, con la sonrisa en los labios y una extraña luz de alegría en sus ojos que hizo palidecer la espléndida iluminación de la sala, se adelantó a

estrechar la mano de su prometida, diciendo:

—Me alegro de verle otra vez por aquí, Wolgoff.

Este hizo señas a sus amigos, y tomando el perrito que le habían regalado, lo hizo adelantar.

La madre de la joven, encantada, comentó:

—Mira lo que el teniente ha traído para ti.

La joven tomó el perrito cariñosamente, acariciándolo con mimo, y varios criados se apresuraron a servir el champagne.

El gobernador levantó su copa en alto, brindando:

—¡A la salud de la tripulación del *Sebastopol*!

Todos bebieron sin darse cuenta que en aquel momento el radiotelegrafista acudía con un parte que acaba de ser recibido con destino al jefe de la flotilla.

Boris se interpuso en su camino, tomando el telegrama y leyéndolo. El parte decía así:

"Desórdenes graves en San Petersburgo. Tomad medidas energicas. Estado de sitio."

Nadie supo nada de aquel aviso. La gente se lanzó a la vorágine del baile y la fiesta continuó con todo su esplendor.

• • •

Nanja, atenta sólo a su felicidad, había tomado del brazo a su prometido, y, desapareciendo de la sala de fiestas, se lo llevó a un gabinete alejado, donde un abierto piano invitaba a cantar idilios de amor.

La joven, sentándose ante él, dejó volar sus alados dedos sobre el teclado de marfil, y con voz queda y maravillosa, cantó:

Ando por la vida siguiendo mi destino.
Camino de flores y de felicidad.

Pronto aparecerás tú por el mismo camino
y en tu sonrisa veo que me amas de verdad.
Para nuestra ilusión el mundo es pequeño.
Tu amor me da vida y tu amor por ti muer-

[ro.

Por la noche siempre eres tú mi sueño
y tu voz me dice al despertar: "Te quie-

[ro."

Mientras Nanja desgranaba su canción, poniendo en él toda su alma acastiva y femenina, Kostja, acodado sobre el piano, la contemplaba con embaleso, y de vez en vez acompañaba el ritmo de la canción con un murmullo que servía como contrapunto, mientras sus ojos, claros y serenos, se clavaban en los de la joven, llenos de pasión.

La luz tenue del salón ponía su nota misteriosa y romántica en la escena, pero súbitamente una claridad más viva vino a cortar aquel encanto.

Boris el mayordomo, portando un precioso candelabro repleto de bujías,

apareció suavemente en el saloncito, y con sus modales atildados colocó el candelabro sobre la tapa del piano, al tiempo que dejaba pasar su mirada aguda, plena de deseos, sobre el bello rostro de Nanja, que, ensimismada en su canto, no pudo apreciar toda la pasión insana que animaba a aquel ser hermético y al parecer glacial.

Kostja, al terminarse la melodía, tomó la pluma y sobre el papel pautado que había en el atril escribió la última frase de la canción: "¿Te quiero!"

V debajo estampó su firma.

El encanto solitario de aquella escena fué roto por la presencia de la madre de la joven, que se asomó un momento para preguntar:

—¿No queréis venir un rato con nosotros?

Los jóvenes se levantaron, dispuestos a incorporarse al grupo de invitados.

La dama, al observar la presencia del mayordomo en la estancia, preguntó, algo extrañada:

—¿Está usted aquí, Boris? Le busqué por todas partes.

Boris no tuvo tiempo de justificarse. Nanja, tomando el perrito que había dejado sobre una silla, se lo entregó al mayordomo, diciendo:

—Tome, guárdeme el perrito.

Y seguida del conde abandonó la estancia, dejando al criado con el can-

entre los brazos, contemplándole con gesto indefinido.

En el gran salón la fiesta continuaba, amena y agradable.

La oficialidad, ansiosa de divertirse, valcaba sin reposo, y la estancia ardía en regocijo bajo el beso poltermano de las bujías, que en sus candeleros de plata maciza se consumían lentamente, marcando la duración de la fiesta.

El capitán del *Sebastopol*, aprovechando un descanso, se dirigió al gobernador y a su familia, diciendo:

—En nombre de toda la oficialidad, invito a ustedes a otra fiesta que se celebrará esta noche a bordo. Yo espero, señores, que aceptarán todos.

El gobernador preguntó de un modo general:

—¿No podríamos aprovechar esta ocasión para celebrar el compromiso de enlace de mi hija y el conde?

El palacio quedó en silencio y abandonado. El gobernador y su familia se habían trasladado a bordo del acorazado, y Boris, dueño y señor de la fortaleza, se dedicó a recorrerla impaciente.

Al llegar a la estancia donde Nanja dejara oír el milagro de su armoniosa voz, descubrió el papel pautado en el que el conde dejó estampada su frase

de amor, y tras contemplarlo con rabia, se lo guardó en el pecho.

En aquel momento alguien acudía presuroso a buscarle. Era el radiotelegrafista con un telegrama para el gobernador. El portador, agitando el papel, dijo, con acento reconcentrado:

—¿Boris, el telegrama?

Boris, al tener noticia del contenido, dejó dilatar una enigmática sonrisa en su inextinguible faz y murmuró:

—¿El Zar!...

La frase encerraba todo un poema sangriento que no tardando mucho había de adquirir forma plástica y siniestra. El Zar había abdicado y la revolución acababa de ponerse en marcha con una fuerza tan aterradora, que muy en breve el mundo había de temblar de espanto al conocer los detalles espectaculares y terribles de ella.

Boris, con un gesto, ordenó:

—¿Da la señal!

Y con una sádica sonrisa de triunfo en sus delgados y fríos labios se dispuso a recoger el fruto de su paciente y silenciosa espera...

La fiesta a bordo del acorazado discurría en medio de la más exaltada animación.

Blancos y dorados uniformes, pecheras almidonadas, corbatas terzas, trajes de *soirée*, pechos y espaldas descubiertas, baile, música, champagne, al-

gría, brillo febril en las miradas gozosas de regocijo y luz a raudales resguardado con su parpadear incessante la negrura de la noche, pintando reflejos amarillos y sangrientos sobre el oscuro verdor del agua.

El gobernador, aprovechando un alto en el baile, alzó su copa, y, dirigiéndose a los asistentes al acto, dijo:

—Señoras y señores: antes de comunicarles una noticia agradable, bebó a la salud del jefe de nuestra armada.

El gobernador levantó su copa y a los acordes de la música la apuró.

Súbitamente la sirena empezó a atropar el espacio con su impresionante ulular, la orquesta dejó en suspenso la melodía del himno imperial y en cubierta hizo su aparición Turbin, el hombre de confianza de Boris, el mayordomo.

Cuando el asombro se reflejaba en los rostros de los invitados, extrañados de aquel insistente ulular de la sirena, la horda de marineros irrumpió en cubierta con los fusiles prestos a vomitar metralla y el espanto se apoderó de los invitados.

Turbin marcó un gesto y este gesto fué la señal de ataque.

Pronto la cubierta fué una horrible hoguera de furores mal contenidos y de rostros contraídos por el deseo de exterminio. La marinería, frenética, borracha de sangre, sin piedad ni freno, disparaba a mansalva

sobre los invitados y la oficialidad, y ésta, desprevenida, sin armas para repeler la agresión y sin medios para agenciárselas, corría, impotente, de un lado para otro, buscando la forma de poder ponerse en salvo o contener la barbarie de aquella legión de condenados, sin lograrlo.

En montón, preparados como un racimo, propicio para la eliminación, iban cayendo aniquilados, sin el consuelo de la defensa, y pronto la brillante cubierta se cubrió de cadáveres, mientras el mar, piadoso, iba acogiendo en sus aguas a los que buscaban la salvación en la oscuridad de ellas o a los que caían para sepultarse en sus ondas y no volver más a la superficie.

Turbin, como un dios sanguinario y exterminador, disparaba su revólver, dando órdenes enérgicas para que se acelerase la matanza, sin compasión ni piedad alguna para nadie, y la marinería, con los ojos inyectados en sangre, las bayonetas caladas, las manos negras por la pólvora y los labios secos de reír satánicamente, seguía barriendo el barco, insensible al dolor y a los gritos de angustia de los caídos.

El gobernador, muy mal herido, rodó por cubierta, en unión de su esposa; el conde Kostja, en el flujo de la relinaga, fué a caer por la borda, desapareciendo en la negrura del mar, y Nanja, en unión de Ivan, desaparecieron del barco sin saber cómo.

Cuando la matanza cesó y Turhin hizo revisar la mortífera carga que yacía sobre las ensangrentadas tablas, no pudo encontrar a la joven.

Desde cubierta se descubrían, ya lejos, en la vaga claridad de la noche espectral, algunos botes que a todo remo huían con dirección a la plaza, y Turhin, ebrio de sangre, gritaba:

— ¡Se escapan en los botes!... ¡Abogadías, destruid, matad!...

Y, erguido junto a la borda, amarrada con el puño cerrado a los pocos supervivientes que habían podido escapar a la horrible carnicería.

Entre tanto, la ciudad ardía en sangre y llamas. Los revoltosos, a una señal convenida, se habían lanzado como fieras salvajes al saqueo y a la matanza, y el terrible cuadro que se desarrollaba en las calles de la ciudad era algo apocalíptico.

Los incendios se elevaban en la noche siniestra como el producto de una maldición, y las carreras alocadas de los perseguidos, los gritos de angustia de los que se llamaban sin encontrarse, las risas siniestras de los sublevados buscando con sadismo la presa donde saciar su sed de exterminio, era algo que encogía el corazón del más templado.

Un grupo de perseguidos buscó refugio en la catedral, tratando de resistir tras sus férreas puertas; pero la

chusma, enfielrecida, después de rociarlas con petróleo para obligar a salir de ella a los refugiados, se divertía cazándolos a tiros cuando aquellos, en alocada y alocinante fuga, aparecían saltando como simios sobre las llamas.

El robo y el saqueo presidían este acto. Se violentaban las puertas, se asaltaban las iglesias, se despojaba a los muertos y a los vivos de cuanto pudiese representar un valor positivo y nada escapaba a la vorágine revolucionaria ni nada era respetado, porque el respeto había muerto bajo la llama incendiaria de la sublevación.

Boris, sudoroso, rígido, con el pelo tembloroso por la fatiga y la agitación y la ropa medio desbochea, había regresado al palacio después de iniciada la revuelta, y allí esperaba el resultado de su nefasta obra.

Esa había tenido para él su recompensa. El ex mayor-domo era ahora dueño de Sebastopol y ocupaba el puesto de comisario. Su vesania, su traición y su espíritu sanguinario bien merecían tal recompensa.

Sentado ante la mesa despacho del gobernador, bebía con ansia. Luego abrió un cajón y sacó un retrato. En él aparecían las figuras de Nanja y sus padres. A su lado, Turhin, su hombre de confianza, jugaba con uno de los objetos que adornaban la mesa, mientras Boris se dedicaba a su destructora tarea.

Apartando las figuras del gobernador y de su esposa, se quedó únicamente con el de la joven Nanja, guardándolo cuidadosamente en el cajón.

Luego, con la ira reflejada en el semblante, preguntó a Turbín:

—¿No pudiste saber nada de ella?

—No. No fué posible.

—Hay que encontrarla. ¡Es necesario!

—Se hará lo que se pueda. Te lo prometo.

Turbín señaló la puerta, en la que acababa de aparecer un siniestro grupo de revolucionarios de caras embutecidas y ojos fulgurantes por la borrachera de sangre y alcohol, y dijo:

—Toda la ciudad está en nuestras manos. Tú eres ahora el dueño de Sebastopol. He ahí tu guardia personal.

El ex mayordomo se irguió, ahogado de orgullo y poder, sobre su asiento, y mirando a todos de una forma solemne, gritó:

—Ya no me llamo Boris. ¡Ahora soy el comisario Wolínaky!

Y para dar más fuerza a su frase, añadió, dirigiéndose a aquella guardia patibularia:

—Bajad a la bodega y tomad lo que queráis...

...

Boris, en su siniestro papel de jefe supremo de aquella turba sanguinaria y cruel, tenía que adquirir la prestancia

que su nuevo uniforme requería. Colocado ante un espejo, requirió la navaja de afeitar, y con gesto enérgico, como el que se sacude las vestiduras del polvo pegajoso del camino, echó abajo de dos tajos aquellas para él odiosas patillas que hasta entonces lo habían servido para señalarle como un siervo de la aristocracia que acababa de derrocar en pago de haberle proporcionado hasta entonces el sustento.

Luego, desesperado por la falta de noticias de Nanja, se lanzó a la calle, dispuesto a hacer remover la ciudad incluso en sus ciénegas para poder encontrarla.

Las turbas recorrían las calles y los rincones más propicios en busca de la joven, sin hallar rastro de ella, y Boris, con una fría resolución que le dominaba sobre el cuadro que él mismo había provocado, se dedicó a recorrer la ciudad, inquiriendo noticias de todos cuantos encontraba.

Una patrulla, acosando a un grupo de prisioneros, cruzó por su lado. Boris, rabioso, detuvo la patrulla, y encarándose con el primero, preguntó por la joven. Como nada le contestara, ordenó fríamente a su verdugo:

—¡Líquidadlo!...

Luego interrogó a otro, y el mismo hosto silencio acogió sus palabras.

Un nuevo gesto fué la orden de cumplir la fatal sentencia, y su verdugo, un tipo anguloso, alto, frío de gesto, con el cuerpo cubierto de co-

creajes repletos de balinas, hizo funcionar su siniestro revólver, dando así gusto no sólo a su amo, sino a la bestia destructora que anidaba en su alma.

En la noche, envuelta en ruborosas sombras, las teas chirriantes brillaban como fuegos fatuos, reluciendo por los arrabales y las orillas del río. Todos aquellos puntos factibles de servir de escondrijo, eran examinados con escrupulosa atención, pero Nanja no aparecía por parte alguna.

Al cruzar sobre uno de los puentes, una patrulla asomó sus hachas de viento escudriñando las aguas. Luego, alguien se destacó, y atravesando por entre algunas harcas que se mecían sobre las ondulantes aguas, hizo una requisa somera.

—Aquí no se ve ni un ratón—dijo.

Y, uniéndose al grupo, abandonó el puente para continuar su siniestra requisa río abajo.

Si Boris hubiese poseído el don de la doble vista, aquel requisador que tan rotundamente acababa de afirmar que aquel lugar estaba desierto, no hubiese sobrevivido un minuto más a

esas palabras, pues a menos de seis pasos de él, escondidos bajo los ruinosos cimacios del puente, Nanja, en unión de Ivan, y teniendo al lado al gobernador muy mal herido, se habían refugiado en aquel pestilente y peligroso lugar, apurando así los últimos recursos que les quedaban de eludir las balas asesinas de los revoltosos.

Cuando la patrulla abandonó el río Ivan y la joven se sintieron inquietos por el estado del herido. Este, dominado por la fiebre, gritaba:

—Boris, ¿salíó mi hija a caballo? Harloff, el telegrama.

Nanja, angustiada, comentó:

—¡Morirá como mi madre y como Kostja!

—Sea usted valiente, señorita—replicó el fiel asistente—. Aún no han terminado con nosotros.

—Pero terminarán. Está amaneciendo y aquí no podemos quedarnos porque seremos descubiertos.

Ivan, que pensaba en Sinalda, la que siempre le había demostrado fidelidad, apuntó:

—Conozco una mujer en quien puedo fiar. Déjeme que haga lo posible por llegar hasta ella.

III

El antiguo boliche de *Pedro el Grande*, regentado por la decidida y valiente Sinaida, se llamaba ahora *La Libertad*.

El deseo de sangre y exterminio había alejado de aquel antro a los revoltosos, y aquel día el buliche aparecía medroso y abandonado.

Únicamente un borracho recalcitrante, en unión de una tanguista no menos ebria que él, se habían adueñado del vetusto piano, y en pegajosa competencia trataban de hilvanar el estrillido de una canción, machacando insistentemente el teclado, con sorda indignación de Sinaida, que no sabía cómo deshacerse de aquella pareja de pelmazos.

En la puerta sonaron, discretos, unos golpes espaciados de alguien que poseía una contrasena para llamar y Sinaida, inquieta, acudió a la llamada.

En la puerta apareció la figura rechoncha y simpática de un hombre

ya entrado en años, de aire apacible y reposado.

Sinaida le hizo entrar sin perder de vista a la pareja del piano, y cuando se convenció de que ésta no estaba en situación de fijarse en el recién llegado, le hizo pasar por una puerta que había al fondo, por la que el personaje desapareció.

Después de salir al patio, cruzó éste, subió una corta escalera y llamó a un modesto pabellón del fondo. Su llamada rítmica y especial anunció a los que se escondían en el pabellón que se trataba de un amigo, y cuando la puerta se abrió discretamente, las figuras de Nanja e Ivan se hocetaron en las sombras con gesto inquieto.

El recién llegado advirtió sonriente: —Aquí estoy otra vez.

—¡Ah! ¿Es usted?—exclamó Nanja, respirando satisfecha.—Pase y siéntese, querido doctor.

Este tomó asiento y, secándose el sudor que inundaba su frente, preguntó:

—¿Cómo se encuentra su padre?

—Lo mismo, doctor.

—¿Ha obtenido usted lo más necesario?

—No fué muy fácil; usted podrá apreciarlo. La pierna es bastante confortable... ¿Si no tuviera a Ivan?

Este, al sentir sobre él la mirada de agradecimiento de la joven, replicó, confuso:

—¿Si no tuviera yo a mi Sinaida?

Nanja, afectada por cuanto ocurría, y sin noticias del exterior, preguntó tímidamente:

—¿Qué ocurre en la ciudad? ¿Si guen los asesinatos?

El doctor, dejando reflejar en su rostro el dolor y la angustia, contestó con amargura:

—¿Si, hijita, hay que tener paciencia!

Luego, fijándose en el tocado de la joven, con el que había sustituido a sus desgarradas vestiduras de la noche del hule, comentó:

—Lindo se ha hecho usted el vestido...

—Todo el día estuve cosiendo en él... Ves usted mis dedos. Sanaida es tan buena que me lo regaló.

La joven se levantó, y acercándose a la puerta de comunicación, hizo señas al doctor para que entrara.

Al pasar ambos a la pieza vecina descubrieron el cuerpo del gobernador inclinado sobre el respaldo de una silla. El dolor físico, unido al trastorno cerebral que padecía, habían hecho envejecer al arrogante militar casi veinte años.

El gobernador, al sentir el ruido, giró lentamente la cabeza, y fijando sus ojos azules y dilatados en la figura del visitante, exclamó:

—¿Al fin, doctor! ¿Es que no quiere ocuparse de mí?

—Cuando Su Excelencia pregunta es que se encuentra mejor. Tiene una habitación muy agradable.

—¿Agradable? ¿No es una monotonía tenerme aquí encerrado? ¿Qué hago aquí, doctor?

—Pues... descansar.

—Si estoy enfermo quiero irme a nuestra casa de campo.

Nanja, para distraer al enfermo, intervino, advirtiéndole:

—No puedes, papá; tu caída...

El doctor intervino en su ayuda.

—Cabalgaba usted durante un viaje de inspección.

El enfermo se pasó la mano por la frente con un gesto cansado de impotencia, y murmuró:

—Sí... quiero recordar... El Estado Mayor... muchos oficiales...

—Eran sus invitados. Luego vino la inspección. Tuvo usted un accidente... se cayó del caballo...

—Me caí del caballo...

El gobernador no lograba acabar de ascender el estado de amnesia que padecía. Por fin acrió:

—Mi hija sólo se ocupa de mí, pero debe tener alguna distracción... Es joven... Vestidos elegantes, un viaje.

—No, Excelencia—atajó el doctor—. El cansancio...

—¿Qué cansancio? Boris preparará toda. ¿Dónde está Boris?

Y trató de levantarse para buscarlo. Nanja le retuvo, diciendo:

—Está con mamá.

—¿Ah!... ¡Claro!... Ella también debe venir.

El doctor, empujado, apoyó su brazo en el del gobernador, diciendo:

—Bien, Excelencia... Volveré y ya veremos qué se puede hacer más adelante.

Ambos salieron de la estancia, dejando al enfermo sumido en su estado de postración. El médico tuvo frases de aliento para la joven:

—Valor, hijita. Nuestros amigos no descansan. Lea esto.

Y sacando del pecho un papel muy arrugado, se lo entregó. Nanja leyó:

"Amigos, resistid. Pronto os liberaremos."

—¡Oh, si fuera verdad!—comentó la joven—. ¿Puedo guardármelo?

—Sí, pero cuidado; las maestras están ya cerca.

La muchacha acompañó al médico hasta la salida. Ya en la puerta, hundidos en la oscuridad, Nanja sacó del pecho unos cuantos billetes arrugados que pretendió entregar al médico.

—No es mucho, pero acepte esto, doctor. Hoy es para todos lo mismo, Usted necesita...

El doctor, con un gesto benévolo, rechazó el dinero, diciendo:

—No se preocupe por mí y guárdelos. Adiós, hijita.

Cuando se despedían hizo su aparición súbita un pelotón de revolucionarios que ejercían servicio de ronda. Nanja, al verlos, se sintió palidecer, y el médico, tratando de aparecer sereno, se encaró con el jefe de la patrulla, preguntando:

—¿Qué quieren? ¿Por qué molestan a los clientes?

El jefe, un tipo seco y patibulario, impotentemente armado, ordenó:

—Sus papeles.

Y mientras el doctor sacaba la documentación se cazaró con Nanja, que temblaba como la hoja en el árbol, inquiriendo:

—¿Quién eres tú?

La muchacha, que había estado introduciendo el dinero en el bolsillo del médico, no supo qué responder; pero el doctor, tratando de conjurar el peligro, hizo una seña expresiva al jefe de la patrulla, dando a entender que la muchacha era una de aquellas infe-

línea de vida equívoca al servicio del establecimiento, con la que acababa de sostener un rato de pasatiempo, y para hacer la demostración más elocuente, sacó del bolsillo el dinero que Nanja acababa de introducir, y, devolviéndoselo carilosamente, dijo:

—La muchacha está aquí empleada... Toma, palomita. No es mucho, pero tómalo.

Nanja se quedó con el dinero en la mano, y el jefe, después de echar un vistazo a la documentación del doctor, se la devolvió, diciendo:

—En orden. Puede marcharse.

Luego, encarándose con la joven, ordenó:

—Vengan tus papeles.

El doctor, viendo todo perdido, insistió:

—¿No le dije que la muchacha está aquí empleada?

—No se ocupe usted de eso y larguese. ¿Dónde están tus papeles? ¿Están en la casa?

Ella asintió con un gesto, incapaz de hablar, y el jefe, tomándola por un brazo, la empujó para hacerla pasar al interior del boliche.

Dentro de éste, Simaida, en unión de un individuo llamado Nikitin, se entretenía en tratar de poner en marcha un antiguo fonógrafo de bocina para sustituir la música del piano, por falta de quien supiese tocarlo. Nikitin, que ejercía el cargo de vigilante

del distrito, había descubierto la estancia de Nanja en la casa y se aprovechaba del descubrimiento para explotarla, sacándole el dinero o las alhajas, a cambio de guardar un piadoso silencio.

Nikitin, mientras ayudaba a Simaida a arreglar el fonógrafo, decía:

—Así son esas mujeres. Deben un montón de dinero y el vestido y mucha bebida y de golpe se van.

—No te metas en mis cosas—replicó ella agriamente.

—¿Tú crees que tocaré este cacharro?

—Tiene que tocar. Los clientes quieren música y el piano no toca solo.

Por fin, el chirriante aparato empezó a vibrar desgranando una melodía ronca y en aquel momento la puerta se abrió y el pelotón de vigilantes penetró en el local, empujando a la infeliz Nanja.

Simaida palideció, creyendo todo descubierto; pero trató de mantenerse serena.

El jefe, encarándose con ella, preguntó:

—¿Tienes empleada aquí a la muchacha?

Simaida, viendo en la pregunta un resquicio salvador, afirmó rotunda:

—Sí... Claro está...

—¿Qué hace?

—Pues... toca el piano.

El jefe, para convencerse de la ve-

racidad de la afirmación, ordenó secamente:

—Que toque.

Sinaida, con los nervios en tensión, adivinando que la catástrofe final se avecinaba, miró intensamente a Nanja, interrogándola con la vista. La muchacha hizo un leve gesto, indicando que sabía tocar el piano, y la tabernera, distensionando sus músculos, aliviada por la coña, inauó dulcemente:

—Anda ya... toca!

Nanja se sentó ante el piano y nerviosamente, ayudada por Nikitin, que trataba de guiar la melodía de unos de los himnos revolucionarios, empezó a tocar, primero con miedo, luego más rítmicamente y el jefe de la patrulla, convencido de que no le habían engañado, sonrió comprensivo mientras Sinaida, para acallar de conquistarse la voluntad de los patibularios vigilantes, se los llevaba al mostrador a descorchar unas cuantas botellas.

Cuando los revolucionarios abandonaron el local, Sinaida ordenó a Nikitin:

—Tú mira si se han ido de verdad.

Y luego, dirigiéndose a Nanja, que aparecía deshecha por la emoción y el peligro pasado, exclamó:

—Te has portado bien. Hay que tener valor.

Una lejana, pero terrible explosión, conmovió los cimientos del boliche, y

Nikitin, penetrando muy asustado, gritó:

—¡Han hecho explotar el arsenal! Voy a ver qué ocurre.

Nanja, radiante de gozo por la noticia, se abrazó a la valiente tabernera, diciendo conmovida:

—¡Los nuestros, Sinaida, los nuestros!

* * *

Boris, en funciones de comisario, había girado una visita al *Sebastopol*, encontrándose con la desagradable sorpresa de que el barco no funcionaba. Alguien había cometido algún acto de sabotaje o quizá sus propios tripulantes, ayunos de toda noción de ingieria, habían estropeado los mandos y el aparato radiotelegráfico.

Boris, sobreponiéndose a sus propios sentimientos, que sólo le guiaban a buscar a Nanja por todas partes, dio orden de proceder al arreglo, buscando entre los prisioneros a algunos de los técnicos capaces de corregir las averías.

Luego, encerrado en su despacho, buscando en la bebida un olvido momentáneo a sus pesares, se dedicó a seguir de cerca las gestiones de sus subordinados, no sólo para el arreglo del barco, sino para la busca y captura de la hija del gobernador, sin la que no sabía desenvolverse.

Turbín, a su lado, paseando nervio-

samente, se paró en seco, señalando con el dedo un papel que había sobre la mesa, diciendo:

—Lo peor no son esos volantes. Hoy volaron el arsenal.

Boris, sumido en tristes y furiosos pensamientos, le rechazó brutal, exclamando:

—¡Ah! Déjame en paz... ¿Qué has descubierto?

—¿Qué quieres que haga? He descubierto a muchos, pero no haldan.

Boris, tomando una actitud enérgica, se levantó y seguido de Turbín bajó a las sótanos, donde los prisioneros se agachaban en inmundos racimos.

El furioso comisario ordenó que fuesen desfilando uno a uno. Ante sí tenía una larga lista con el nombre de cada detenido.

Turbín presentó al primero, indicando:

—En su casa se encontraron los volantes.

El comisario miró fijamente al preso, que sostuvo la mirada dignamente, y preguntó:

—¿Quién se dio el encargo?

Como el sentenciado no se dignase contestar, Boris rugió:

—¿Quieres hablar? ¿Quién te dio la orden de volar el arsenal?

Ni un músculo del rostro del preso se movió y Boris, furioso, elevó en el aire con rabia un sello que aprisionaba

entre sus agarrotados dedos y lo dejó caer sobre el nombre del prisionero, haciendo señas de que se lo llevaran. Aquel sello era la inmediata ejecución de una sangrienta pena.

Lentamente fueron desfilando otros detenidos. La misma pregunta obtenía idéntica respuesta, y Boris furioso, a cada nueva negativa iba dejando caer la mano con el sello fatídico, provocando sentencias capitales con una saña cruel que iba aumentando a cada momento.

—¡No sois imbéciles! — rugía—. ¡Si decís el nombre, os dejo en libertad!

Pero nadie se sentía tan cobarde que fuese su salvación delatando a los que laboraban por el triunfo de la contrarrevolución y preferían sacrificarse antes que ser un obstáculo a sus ansias de triunfo.

Boris, cada vez más exaltado, gritaba:

—¿Quiero saber el nombre! ¿Lo oís? ¿Quiero saberlo!

—¿Quién no lo saben ellos mismos —intervino Turbín.

—O no quieren saberlo; pero alguien lo dirá... Si no...

Iba a estancar el fatídico sello ante el nombre del prisionero que tenía delante, cuando Turbín detuvo su furioso brazo en el aire, advirtiéndole:

—¡Alto! Ingeniero de Marina... Allí hay otro más.

—¿Cuántos tienes?

—No sé. Me faltan algunas.

Boris detuvo sus ansias de sangre, dejando caer el sello. Aquello había salvado momentáneamente la vida de algunos infelices.

De vuelta a su despacho, Boris pasaba nervioso.

—Han llegado nuevos prisioneros —advirtió Turbín.

—Pues interrógalos por separado. Si Nanja está en la ciudad, alguien la sabrá.

Al entrar en una de las estancias, descubrió abandonado el perrito que Kostja regalara a la joven: Boris, con un sentimiento cariñoso que parecía impropio en aquel corazón duro y cruel, tomó el perro entre sus brazos y lo acarició largamente.

—¿No sé por qué te interesa este animal? —comentó Turbín intrigado.

Boris, con un gesto evasivo, replicó:

—¿Bah! Tú no puedes comprender.

Inopinadamente, de un modo misterioso, como si se tratara de una sombra que se hubiese filtrado por la pared, penetró en el despacho un tipo gordo, de cara moffetada, de ojos azules y manos cortas y gordexuelas, tocando su cabeza con un sombrero flexible gris.

El recién llegado, de palabra suave y meliflua, avanzó sonriendo y Boris, encarándose con él, preguntó:

—¿Quién es usted?

—El nuevo jefe del Servicio Secreto!

—¿Tiene documentación que le acredite? —preguntó Boris con el ceño fruncido.

El individuo, como si estuviese tratando un asunto regocijante, contestó con voz suave:

—Vengo de Kiew, donde hice fusilar al comisario... Había cometido algunas faltas...

Luego, sacando el trozo de papel pautado, donde Kostja escribiera su cariñosa frase a Nanja, se lo presentó a Boris, diciendo:

—¿Lástima?... ¡Basta esto para acreditarme?

—¿Dónde encontró esa música?

—En el cajón de su mesa... El cajón está abierto y esto siempre es una falta.

Luego, fijando sus ojillos azules en Turbín, interrogó a Boris con la mirada. Este hizo la presentación:

—Mi secretario.

—Bien. Puede quedarse.

Luego, jugando distraídamente con los objetos que había sobre la mesa, mientras Boris seguía todos sus movimientos con gesto nervioso, exclamó:

—Al grano. Parece ser que en su distrito las cosas van mal. ¡La contrarrevolución hace progresos!

—Hago todo lo que puedo —contestó Boris algo medroso.

—¿Sí?... Dígame el nombre del jefe del sabotaje.

—No lo sé—confesó sinceramente Wolinsky.

—¡Lástima!—comentó el nuevo comisario, con aquella frase que era su favorita y que solía alcanzar siempre un significado siniestro.

La puerta se abrió y el verdugo, con un correo repleto de cartuchos, hizo su aparición en el vano.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó el visitante mirándole fijamente.

—El verdugo.

—¡Ah!... ¿El liquidador?... ¿Hay prisioneros?

—Unos mil quinientos.

El comisario de Kiew se levantó indignado, replicando:

—¿Y qué hace usted ya? ¿No sabe que esos cuestan sólo dinero?

Se encaró con el verdugo, y ordenó:

—Desde ahora queda usted a mi servicio.

Turbin, viendo que su amigo empezaba a caer en desgracia, aprovechó el momento para intentar escapar por una puerta trasera; pero Boris salió tras él y deteniéndole, exclamó furioso:

—¡Alto! Tú te quedas. Si no, voy a contar...

Turbin se paró en seco e indicando al nuevo comisario, preguntó:

—¿Qué piensas hacer con él?

—Vete al *Sebastopol*. Tienes que ponerle en marcha—fué la respuesta.

IV

TURBIN, con el mismo énfasis que si se tratase de un verdadero jefe de Marina, subió al acorazado y desde el puente de mando abarcó la grandiosa del mar que se dilataba manso y tranquilo ante él.

Luego, dirigiéndose a uno de sus hombres, preguntó:

—¿Llegaron los nuevos?

—Sí.

Turbin descendió hacia el sitio donde los presos técnicos se dedicaban a reparar las averías, e inquirió la marcha de su trabajo.

Ante el aparato de radio, dos ingenieros actuaban metódicamente. Turbin preguntó:

—¿Conocen el aparato?

—Sí. Ochocientos.

Con los auriculares al oído manipulaban en él.

—Emisión de prueba. Avisaremos cuando acorazado funcione...

Las noticias de los prisioneros iban siendo captadas en el campamento de

los contrarrevolucionarios, donde un grupo de héroes bien escondidos, en posesión de una emisora, se dedicaban a recibir y transmitir órdenes conducentes al éxito de su arriesgada empresa. Entre aquel grupo de heroicos defensores del abatido régimen se encontraba el teniente Kostja Volgoff, uno de los más entusiastas actuantes de la contrarrevolución.

Kostja, al tener noticias de los progresos que se iniciaban a bordo del barco, exclamó:

—¡Mantenga comunicación constante con el *Sebastopol*!

El jefe del grupo, estrechando su mano, dijo:

—Su plan parece tener éxito. Le felicito.

—Sí; pero el éxito se lo debemos al sacrificio de mis dos camaradas, que se dejaron coger presos. Ellos son el alma de este intento.

—Bien. Tiene usted carta blanca para obrar. Estoy seguro del triunfo.

El joven preguntó:

—¿Puedo tomar declaración a los nuevos fugitivos que han llegado?

—Claro. ¿Sigue usted sin noticias?

Kostja hizo un signo negativo contrayendo el rostro dolorosamente, y el jefe puso su mano sobre el hombro del joven para darle ánimos.

Los fugitivos, todos ellos derrotados físicamente y moralmente, con las huellas del hambre y del horror reflejadas en sus demacrados semblantes, iban desfilarando ante la cocina portátil para tomar el alimento que les brindaban.

Pasó uno, que tomó su ración, devorándola con ansia.

—Otro—ordenó el jefe de reparto.

El que desfilara quedó parado ante la marmota y el pan, devorándolo con los ojos, pero sin hacer intención de tomarla.

—¿Prisionero o fugitivo?—preguntó el jefe.

—Fugitivo.

Y como no hiciera intención de aceptar el alimento, el repartidor trató de hacérselo tomar.

Entonces, el que le acompañaba, desenbrió el pecho del infeliz, mostrando ante todos la falta absoluta de brazos de su compañero.

—Se los cortaron—fue la única explicación.

Y tomando la ración de ambos iniciaron el desfile.

Aquel infeliz era el símbolo vivo de aquellas fieras de la revolución, de los desmanes y del ensañamiento. Entre tanto, Kostja, en medio del grupo de fugitivos, interrogaba a éstos con la vana esperanza de que alguno pudiese darle noticias de su amada.

—¿Conoce alguno de vosotros al ex-gobernador de Sebastopol?

—Yo le conozco—replicó un fugitivo adelantándose.

—¿Conoces a su hija?

—Sí. La he visto a caballo muchas veces.

—¿Estuviste preso en el sótano de Gobernación?

—No.

—¿Quién estuvo preso en Gobernación en Sebastopol?

La pregunta quedó temblando en el vacío. Ninguno pudo satisfacer las ansias de noticias del angustiado oficial.

Nanja, nombrada pianista del tugurio de Sinaida para seguir despidiendo a los revolucionarios y mantener el incógnito en aquella hospitalaria casa, se preparaba para sufrir el tormento de actuar en el bolche, cuando unos golpes discretos dados en la puerta la sobresaltaron.

La joven abrió, medrosa, encarándose con Nikitin, quien, con paso fur-

tivo, se deslizó en la estancia, tratando de no ser visto por nadie.

Ella, al verle, no pudo ocultar la repugnancia que le producía aquel tipo logrero de la revolución que se aprovechaba de las circunstancias para tratar de explotarla en tan críticos momentos, y exclamó:

—¿Otra vez usted aquí?

El, sonriendo enigmáticamente, replicó:

—¿Cree usted que es cosa fácil tenerlos escondidos sin peligro para mí? Me juego la cabeza...

Ella, adivinando el objeto de la visita, se dirigió a un rincón de la estancia, y sacando de un cesto de costura un pañuelo arrebujado, extrajo de él una de las pocas joyas que le quedaban y se la entregó al astuto jefe de barrio con marcada repugnancia.

El la tomó con ojos encendidos, y después de tasarla mentalmente, advirtió:

—Para tres semanas están ustedes seguros.

—Esa joya vale dos mil rublos—comestó Nanja para suavizar la codicia de Nikitin.

Pero éste, guardándose la joya, replicó:

—No darán más de cincuenta. Los comisarios son invencibles.

La joven, desearo librarse de la presencia de aquel hampón, revolucionario, exclamó:

—¡Váyase!...

El, con gesto dubitativo, advirtió:

—Me juego la cabeza. ¡No lo olvide!

Ella le empujó hacia la puerta febrilmente:

—Váyase. Afajo hay ya gente...

* * *

El bolique se encontraba atestado de público, ávido de diversión. Impacientes, aguardaban la hora de que la música diese comienzo, y el *vodka* corría como el agua del río, animando los rostros salvajes de los clientes y prendiendo en sus venas todo el fuego vesánico que ardía en su sangre.

Nanja apareció por fin, y sentada al piano, tedeó, nerviosa y desvuida, para divertir a aquella chusma, entre los que seguramente se encontrarían los asesinos de su madre y su novio.

La infeliz, sorbiendo sus lágrimas de rabia e impotencia, tocaba de un modo mecánico, y su garganta, agredada por el dolor y la angustia, iba desgarrando aquella canción maravillosa que entonces no muchos días atrás en el saloncito del palacio para celebrar la llegada del anado ausente.

La chusma, prendida del encanto de la canción, seguía ésta con creciente interés para terminar por corear el estribillo fácil y pegajoso, formando así un extraño coro a la canción sentimental y añorante.

Sinaida, tras el mostrador, se ocupaba en preparar botellas de la ardiente bebida, y a su lado, Ivan, que había abandonado su escondite para estar un momento junto a la mujer abnegada que todo lo exponía a una carta peligrosa por el amor sincero que hacia él sentía, echó un vistazo al aborrotado local, y luego, con aseo infinito, exclamó:

—Fíjate en esos tipos.

Luego, con gesto cansado, añadió:

—Prefería cerrar el boliche. ¿Sabes lo que quisiera?

Tomó una tira que había sobre el mostrador y se entretuvo en ir dibujando toscamente una casa con unos árboles empíricos en derredor de ella.

—Pues preferiría una casita con flores en el jardín, bosque...

Luego, arrepentida de aquel deseo imposible, cruzó con dos rasgos de tiza el dibujo y se entregó de nuevo a la vulgar tarea de seguir preparando bebidas para sociar la sed infinita de aquella chusma vocinglera.

* * *

Boris paseaba, impaciente y malhumorado, por su despacho. La presencia inopinada del nuevo comisario había producido cierto miedo, pues comprendía que la marcha de los asuntos revolucionarios había sufrido un colapso con la voladura del arsenal y

las actividades misteriosas de los conjurados y nada podía hacer para contrarrestarlo, pues ignoraba quién movía en la sombra todo aquel tinglado liberador.

De repente llegó a sus oídos la melodía silbada de una canción familiar. Aquella melodía despertaba en él recuerdos acallados por la gravedad de la situación, pero le hablaba de aquel amor imposible que no le era dado satisfacer ni aun siendo el dueño absoluto y devastador de aquella gran ciudad.

Bruscamente salió a la estancia vecina y descubrió a uno de sus hombres que, sentado indolentemente, fumaba y de vez en vez desgarraba aquella melodía que tanto hablaba de la desaparecida Nanja al brutal comisario.

Este, sacudiendo brutalemente al soldado, preguntó:

—¿Dónde oíste esa canción? ¡Habla pronto!

El revolucionario le miró sorprendido y contestó:

—En el boliche del puerto.

—¿Quién la cantaba?

—Una muchacha.

Boris no quiso saber más. Aquella canción acababa de ser el hilo conductor que le llevaría hasta Nanja, pues sólo ella era quien podía haberla cantado, y ahora sabía cuál era el refugio de la infeliz.

Y, decidido, se lanzó a la calle con dirección al boliche.

Al llegar a él sorprendió a Nikitin, que salía con la joya que Nanja le había entregado. Al verse frente al temible comisario, tembló como un cobarde, y tratando de contener las lágrimas de angustia que le dominaban, balbuceó:

—¡Oh, ya no!

—Basta—exclamó friamente Boris—. ¿Quién eres?

—Hombre de confianza del distrito.

Boris le arrebató la joya, y, mirándole con repugnancia, añadió:

—¿Qué haces ahí?

—¡Oh, verás! Lo hice por piedad. Ahora quería comunicártelo. ¡Haré lo que quieras, pero perdóname la vida!

Wolinsky le despidió con un gesto, advirtiéndole:

—Ni una palabra a nadie. Ve a Gobernación y espérate allí.

El cobarde ladronzuelo partió medrosamente, y Boris, decidido, penetró en la casita y llamó.

Nanja salió a abrir y al encontrarse frente a frente de su antiguo mayordomo, retrocedió entre sorprendida y angustiada.

El comisario penetró lentamente, echando una mirada por la pequeña estancia. Luego preguntó:

—¿Cómo está usted?

—¡Oh!—replicó la muchacha—. No nos queda nada. Kostja murió; también mi madre, que nunca hizo mal a nadie.

Boris sacó la joya que acababa de quitar al hombre de confianza del distrito y, mostrándosela, comentó:

—Paga usted bien...

—Es que nos crucifican...

—¿Y cuando no tenga ya más joyas?

—Entonces... ¡todo habrá terminado!

El la contempló con ojos sedientos de amor y replicó:

—Eso depende de usted.

Nanja, tergiversando el objeto de la presencia del ex mayordomo en aquella casa, dijo, esperanzada:

—Mi padre se alegrará de que haya usted venido.

Y con una sonrisa de agradecimiento reflejada en su lindo rostro, pasó a la estancia contigua a dar cuenta al gobernador de la presencia de Boris, mientras éste, hermético y frío, se sentaba sobre el borde de la mesa, preguntándose a sí mismo cómo terminaría aquella equívoca entrevista.

La joven se dirigió a su padre, que permanecía sumido en su estado de semiconsciencia, y advirtió:

—Papá... Boris está ahí.

—¡Ah! ¿Trae noticias de mamá?

La muchacha se atrevió a mentir piadosamente:

—Trae una carta.

—Sí... claro...—fué la vaga respuesta— Dámela a leer.

Ella, solícita, le recriminó:

—¿Papá! No debes cansar tu vista.

—Siempre lo mismo—exclamó él, cansado— Que entre Boris.

Nanja volvió a salir y, suplicando, dijo:

—Papá quiere hablarle.

—¿Ah!—preguntó él fríamente—. ¿Su padre vive?

—Está muy enfermo. Olvidó la noche trágica. No le hable usted de ella. Venga, haga el favor.

El la contempló de un modo extraño, y replicó rotundo:

—¿No!...

Y al observar el gesto de asombro de la muchacha, se adelantó, encendiéndose de deso, y añadió:

—¿He venido por tí!...

Nanja, asustada, retrocedió; pero él, implacable, continuó avanzando amenazador, mientras advertía:

—¿Me gustas... Siempre me has gustado.

Ella le miró horrorizada y asqueada ante aquella declaración sucia, y recordando que Boris había sido el mantenedor de aquel estado sangriento, le reprochó:

—¿Usted hizo matar a mamá y a Kestja!

Boris, atento sólo a sus deseos insatisfechos, continuó implacable:

—¿Eres mía... Puedo tener muchas; pero te prefiero a ti sola...

Luego, dándole un tratamiento más digno, quizá como contraste a su crueldad, agregó:

—Podría hacer lo que quisiera con usted, pero no lo hago. Sé esperar... Vendrá usted a mí voluntariamente.

Y con gesto seco, sin perder la rigidez de su rostro, dió media vuelta y abandonó la estancia, dejando sumida a la joven en un angustioso estado de desesperación.

Nanja, con los nervios deshechos por la escena sostenida con aquel sanguinario criado, que tan bien sabía aprovecharse de la situación, penetró de nuevo en la estancia, donde yacía su padre, tratando de ocultar a éste su estado de ánimo. El gobernador, fijo en sus ideas propias, preguntó:

—¿Qué escribe mamá?

La muchacha, transida de pena, tomó un papel, y fingiendo que aquella era la esperada misiva, empezó a leer:

"Queridos: Espero que papá se encuentre mejor. Estoy muy bien aquí. ¿La princesa es tan buena?"

—Parece que nos echa mucho de menos—interrumpió su padre, mirándola fijamente.

—Sí, papá—añadió la muchacha nerviosa y próxima a estallar en llanto—. Dice: "Estoy muy bien, pero me falta vuestra compañía."

Y sin poder resistir más el dolor que le producía aquella farsa piadosa, abandonó la alcoba para esconder a los ojos de su padre las lágrimas ardientes que abrasaban sus lindos y mitrechos ojos.

V

El comisario especial de Kiev abandonó la estancia donde había ordenado varios fusilamientos, aplicando su frase favorita a cada caso:

—¡Liquidado!... ¡Lástima!...

Al cruzar se encaró con Nikitin, el cual, creyendo que también había llegado para él su última hora, suplicó, medio arrastrándose a los pies del poderoso jefe:

—¡Por favor, no me fusile! Soy inocente. Wolinsky estuvo con ella.

Y creyó que con aquella delación cobarde, propia de su carácter, podría salvar el pellejo.

El comisario, no sabiendo a qué se refería, preguntó extrañado:

—¿Qué diems de Wolinsky?

—Que él fue a verla... a la muchacha... Yo soy inocente.

El comisario, sin entender una palabra de aquella charla, retuvo por un brazo al cobarde delator y preguntó:

—Hablemos con calma... ¿De dónde vienes?

—Del boliche del puerto.

Y se dispuso a contar cuanto sabía, creyendo que con ello podría salir bien librado de aquel angustioso trance.

* * *

Turbín, satisfecho de sus gestiones para descubrir los organizadores de la contrarrevolución, se presentó en el despacho de Wolinsky para darle cuenta de sus descubrimientos.

—¿Qué averiguaste? — preguntó éste.

En aquel momento, el comisario de

Kiev, que había descubierto el perrito de Nanja, lo tomó en sus brazos y se presentó en el despacho con el can entre los brazos, sonriendo irónicamente.

—¿Moloso?—preguntó—. ¿Es suyo este perrito tan mono? Le encuentro a usted muy propenso a la ternura.

Turbín aprovechó un momento para decir a Boris al oído:

—El organizador de todo es el conde Wolgoff.

Wolinsky, al oírlo, sintió una sacudida en todos los nervios y miró de soslayo al comisario con aire de triunfo.

Este, sin darse cuenta de nada, agregó mordaz:

—No hay que ser tierno ni con una mujer bonita.

—¿Acaso se refiere usted a la hija del gobernador?—preguntó el ex mayordomo con sorna—. Entonces, habrá sacado usted las consecuencias naturales.

—Exacto. Sus relaciones con aristócratas son...

Se quedó dudando para elegir la frase y Boris se anticipó a decir:

—Sospechosas, ¿no es así? ¡Es usted admirable sacando consecuencias!

El comisario le miró un momento con sus ojos inexpresivos, como tratando de adivinar qué ocultaba bajo aquella ironía en el tono, y agregó:

—Sus necesidades privadas no interesan al servicio secreto.

Boris se acomodó sobre la mesa, mirando burlón al comisario, y afirmó:

—Y es claro, sigue usted sacando consecuencias.

El comisario trató de asestar la frase certera y acusatoria que dominase a su rival, y añadió:

—La consecuencia es que no sabe usted el nombre que buscamos... o que no quiere saberlo.

Boris le miró con aire triunfal, y respondió:

—Bien, ya que es usted tan sincero le diré el nombre: es el conde Wolgoff, prometido de esa Maria Wladimirovna.

—¿Y qué más?—preguntó el otro sorprendido.

—Por el momento no le diré más, pero... ¡a usted no le será difícil sacar las consecuencias!

Y después de esta frase, dicha con toda la ironía de que fue capaz, abandonó el despacho, dejando al comisario confuso y humillado.

Al salir tropezó con Nikitin, que esperaba en la antesala, y con acento indefinido le dijo:

—¡Bien lo hiciste, Nikitin! Después hablaremos.

El delator, sin adivinar el oculto sentimiento de su interlocutor, contestó melifluo:

—Puedes contar conmigo.

* * *



La marinería surgió por las escotillas...



¿Cree usted que en la armada imperial los marineros son revolucionarios?



—No te preocupes, esta tarde vendrán los oficiales.



—¿Sí, señor, capitán?
—¡Por fin has vuelto, te dije!



—Sea usted valiente, señorito—dijo Iana.



Boris giró una visita al acorazado



—¿Qué hace?
—Toca el piano.
—Pues qué toque.



—Cuando Su Excelencia protesta es que está mejor.



—¡Vuelta el cuello; todo terminó para ti.



Wolgoff abrazó a Nanja apasionadamente.



„Salve usted a Nanjo; yo me quedo!”



Simón se acerca al balcón, sosteniendo el cadáver de Volodya.

COMO SE INVENTO EL CINEMATOGRAFO

(Continuación)

Uno de ellos afirmaba que el caballo cuando galopa tiene algún momento en que sus cuatro patas permanecen en el aire sin pisar tierra y el otro afirmaba que no.

Se formó una gran pista con dos filas de obturadores colocados a los lados, trazándose varias líneas rectas en el suelo separando cada obturador. El caballo galopó, pasando ante éstos, y cuando las fotos fueron reveladas y expuestas ante la linterna pudo comprobarse que había un momento en que el caballo permanece sin apoyar las patas en el suelo.

Sesalando todos los esfuerzos que el mundo científico venia haciendo para resolver

tan revolucionador problema, Edison, que acababa de dar al mundo de la ciencia su aparato registrador de la voz, llamado *fonógrafo*, trabajaba activamente tambien en el intento de resolver la toma y proyección del movimiento continuado y hacia experimentos notables en 1886, haciendo, o tratando de unir, ambos inventos.

Este año confeccionó su primera máquina, juntando en dos la placa fonográfica y el disco fonográfico, hasta lograr una proyección burla; en la que se veía una figura accionando, mientras el garrafón isocrono de la placa fotográfica acompañaba los movimientos con la voz y el canto; pero de tal modo harroso, que hoy produciría risa el oírlo.

Por fin, logró inventar el *Kinetoscopia*, que fué el aparato que en realidad dió respuesta al problema de la proyección animada. Paralelo a este invento del año Edison, otro niño, llamado Muybridge, construyó un aparato fotográfico que gozaba muchos objetos, cuyas tomas se movían mecánicamente con interrupciones perfectamente combinadas. Con este aparato logró obtener una colección de fotografías que representaban cada momento de una misma acción.

Todos estos ensayos tropezaban con una dificultad tremenda para su desarrollo, que residía en las placas rígidas, en las que era preciso obtener las impresiones.

Las primeras ensayos del cine fonó.— El primitivo aparato fonográfico, en el que Edison, su inventor, intentó las primeras ensayos para unir la imagen con la voz.

Esta gravísima inconveniente lo eliminó George Eastman en 1886, al inventar la cinta flexible de celuloide, que remplazó las placas rígidas de Edison.

A base de tan genial invento, el cine tenía que dar un paso de gigante en su desarrollo embrionario y le dió con rapidez.

Muybridge, que seguía trabajando con ahínco en su aparato fonovistas, logró perfeccionar éste, consiguiendo inventar uno, con un solo objetivo y un disco obturador, con varias aberturas separadas por distancias iguales. Haciendo girar el disco cada vez que una de las aberturas se colocaba frente al objetivo, quedaba impresionada una imagen en una larga cinta de película sensible, que se movía mecánica-



COMO SE INVENTO EL CINEMATOGRAFO

mente. De este modo consiguió obtener hasta cuarenta y cinco fotografías por segundo.

Con tales inventos, combinados con el *zootrope*, se podía apreciar la descomposición del movimiento, pero de un modo bastante imperfecto.

La primera proyección de imágenes animadas, la realizó el austriaco Ubbelohde, utilizando por primera vez una pantalla y máquina de proyección, intercalando entre ambas un gran disco de Stampfer en movimiento.

Por fin, en 1889, como se ha dicho, George Eastman inventa la cinta flexible de celuloide para suplir la deficiencia de las placas rígidas empleadas por Edison, y éste, combinando el invento de Stampfer con el de Eastman, logra perfeccionar el *Kinetoscopio*, y al día 2 de septiembre de dicho año se proyecta la primera cinta, en la que, entre otros cuadros, se dio a la pantalla un desfile de la Policía americana por las calles de Nueva York.

Más tarde, el 6 de junio de 1894, se proyecta también en Nueva York otra cinta realizada por Jenkins, y al año siguiente el norteamericano Armat ideó un aparato llamado *cinéscopio*, basado en el principio fundamental del cinematógrafo actual, o sea, en el movimiento de la película de tal forma, que a un período de Durré, nación siguiera otro de oscuridad.

Finalmente, para dejar ya en marcha el cine, lanzado a una loca carrera de Yvon, idearon en 1895 un aparato óptico mecánico, capaz de tomar y proyectar con movimiento intermitente las imágenes sobre el celuloide sensible.

Este aparato regulable, consistía de un dispositivo *tomavistas* para la impresión de la cinta y un *proyector*. La exposición de las imágenes era de 1/6 de segundo, progreso y perfección imposible de atajar, los hermanos Lumière, que habitaban en Jente teórico que aún continúa adoptado hoy para los aparatos mudos. Este aparato fue patentado con el nombre ya universal de "CINEMATOGRAFO".

El primer estudio de cine se construyó en América a sala de estos descubrimientos. Era un barracón empírico y su costo total fue de sesenta y cinco dólares con sesenta y siete centavos.

Resuelto el punto capital de la cinta flexible y la toma de vistas con movimiento intermitente, ya no fue tarea difícil introducir mejoras rápidas, que fueron perfeccionando técnicamente los aparatos tomavistas y los de proyección, hasta llegar al perfeccionamiento que en la actualidad poseen.

Estas mejoras han permitido la impresión de películas en medios poco iluminados—hoy se hacen maravillas fotográficas dentro de grutas, minas, abismos, etc.—o donde el exceso de luz abrasaría los negativos, todo ello combinando aparatos, que aumentan o disminuyen la capacidad sensitiva del soporte de imágenes, para dar a éstas el tono luminoso que la realidad requiere.

A pesar de las empujones de Edison para aplicar el *teógrafa* a la proyección cinematográfica, el cine hubo de nacer mudo, porque la idea del genial inventor norteamericano era tan embrionaria, que no hubo modo de aplicarla en sus comienzos.

Las primeras películas impresionadas carecían de argumento, pues se creían a tomar escenas de la vida real o de la actualidad palpitante, hasta que poco a poco el ingenio artístico, asociado a la técnica, empezó a producir cintas con argumento pensado.

Cuando esto sucedió, se buscó la forma de suplir la falta de sonido con los rótulos; pero este procedimiento ha tenido y tiene el inconveniente de distraer al espectador, que si atiende a la lectura pierde la percepción de la imagen o viceversa.

En España, las primeras películas mudas que se importaron se proyectaban únicamente con un rótulo titular de la cinta o episodio que ésta contenía. Por ejemplo, *Tormenta en el mar*, *Escamoteo de una dama*, *Noche en el bosque*, etc., y cuando ya las películas contenían un embrión de argumento, las empresas contrataron a *desfrazados* que iban explicando o comentando desde un rincón de la sala el desarrollo de la película, con más o menos gracia o interés, según las cualidades narrativas del explicador.

(Continuará)

Boris había concebido un plan diabólico, no sólo para triunfar y apoderarse del amor de Nanja, sino también para apresar al organizador de la contrarrevolución, asegurándose en su puesto de comisario y dejando burlado a aquel fantasma del poder superior, que andaba buscándole las vueltas para destruirle, y, si podía, eliminarle de su camino.

Buscó a uno de sus hombres de confianza, y después de explicarle lo que debía hacer, le enseñó el pedazo de papel pintado que guardaba como una reliquia.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—Música.

—¿Qué dice aquí?

—Pues... "Te quiero." "Kostja."

—Está bien. Toma.

Y el comisario, guardándose el papel, abandonó el despacho, dispuesto a cumplimentar el encargo que había recibido.

* * *

Próximo a la casita que servía de refugio a Nanja, vibraron, tremantes e angustiadores, varios disparos. Un hombre, corriendo desesperadamente, saltaba como un gamo perseguido, buscando un sitio de refugio, mientras la patrulla, que le iba a los alcances, disparaba contra él con tan escaso tino que ninguna de las balas pudo tocarle.

El fugitivo, después de examinar el terreno, tomó una determinación, y, saltando hacia la casita, abrió la puerta y se escondió tras ella.

Poco después la patrulla, en plan de reconocimiento, apareció en aquel lugar, registrándolo someramente; pero a pesar de que el fugitivo estaba al alcance de su mano, no lograron dar con él.

El jefe de la patrulla preguntó:

—¿No entró nadie aquí?

—No—contestó uno de los perseguidores—Aquí no hay nadie.

—Pues vámonos.

La patrulla desapareció por el extremo de la calle y el fugitivo, jadeante, penetró en la casita, donde Nanja, angustiada por el tiroteo, esperaba medrosa.

El desconocido, acercándose a Nanja, se dejó caer sobre un asicoto todo acongojado, murmurando:

—El conde Volgoff me envía.

La muchacha se llevó las manos al corazón como si pretendiese retener sus acelerados latidos, y preguntó:

—¿Kostja vive?

—Sí... Me dió esto para usted.

Y sacando un trocito de papel del pecho se lo entregó a la joven.

Ella lo tomó anhelante y reconoció la letra de su amado. El papel sólo decía: "Te quiero. Kostja."

Ella, en su alegría, no se dió cuenta de que aquel trozo de papel era el arrancado de la página de música es-

erito por el conde el día del regreso del Sebastopol.

—¿Cuándo volverá usted a verle?

—Esta noche debo regresar—contestó el demandadero anhelante.

—¿Cómo está el conde?

Ivan, al oír la pregunta, se acercó a ellas, diciendo:

—Yo soy su asistente.

—Sí—afirmó Nanja—. Es Ivan.

—¡Ah, sí, Ivan!—replicó el otro—. El conde habla mucho de usted.

Ivan, orgulloso de saberse objeto del recuerdo de su amo, se dirigió a la joven emocionado, diciendo:

—¿Oye usted, señorita? ¡Habla mucho de mí!

La joven, que se disponía a escribir un mensaje para su amado, contestó:

—Sí, Ivan, también tú puedes escribirle dos palabras.

El, angustiado, suplicó:

—Quizá quiera escribir la señorita por mí, porque yo...

Y marcó un gesto de importunación, indicando que no sabía hacerlo.

Dos días después el demandadero desconocido se presentaba en el campamento de los contrarrevolucionarios con la carta de Nanja como salvoconducto.

Volgoff, al tener noticias de su llegada, tomó la carta febrilmente, leyéndola con ansia.

—¿La has visto? ¿Cuándo?

—Antesyer, mi teniente. Ya le he dicho que hablé con ella.

Volgoff, deseando hacer algo para poner a salvo a su amada, tomó una resolución, y dirigiéndose al jefe de grupo, dijo:

—Voy a Sebastopol. Vigilar a ésta hasta mi regreso.

Y al decirlo señalaba al misterioso demandadero, que devoraba con ansia fingida un gran plato de comida.

—¿Cuándo vamos a empezar el ataque?—fué la pregunta general.

El coro de lamentaciones empezó y varios se quejaron de sus desgracias, que intentaban remediar, y si no les era posible, vengarlas.

—¿Tienes noticias de la ciudad?—preguntó uno.

—Sí—repuso el conde con los ojos brillantes de alegría—. Esta noche voy a reunirme con los nuestros en Sebastopol...

Y cambiando su ropa por otra más a tono con el atuendo revolucionario, se dispuso a jugar aquella carta peligrosa, bajando a la ciudad a meterse en aquella terrible hoguera de odios y asesinatos.

Aquella noche, por orden de Boris, se había montado una guardia especial en derredor del bolche del puerto, or-

ganizada por el ex mayorismo, pues éste estaba seguro de que Volgoff acudiría a la celada que tan cautamente le había tendido y que, guiado por su amor a Nanja, no sólo acudiría a ver a ésta, exponiéndose a ser detenido, sino que, como consecuencia, descubriría inopinadamente a sus compañeros de conjuración.

El jefe de la patrulla, oculto sabiamente en unión de su ayudante, comentó:

—Si nada falla, esta noche llegará Volgoff.

—Pero no sabemos por dónde lo hará.

—Volgoff está enamorado.

—¿De quién? Y ¿dónde está ella?

—En el boliche.

—Entonces...

La conversación quedó interrumpida. El conde, fiel a su promesa, acababa de llegar a los alrededores de la taberna, en cuyo interior la gente reía y rugía elar de alcohol, mientras Nanja, sufriendo el terrible tormento de tener que alternar con aquella chusma, tocaba el piano, tratando de dominar la angustia y el asco que la situación le producía.

Volgoff, con todo el sigilo posible, rondó por los alrededores del boliche sin decidirse a penetrar en él. Muchas eran las ansias que sentía por ver de nuevo a Nanja; pero comprendía que aquel no era el momento propicio, por si la joven se traicionaba al verle.

Además, traía otra misión grave que realizar y no podía comprometerla por sus asuntos personales.

Pero atraído por aquel antro, donde sabía a su amada expuesta a la risosidad de aquella chusma, se acercó a una de las ventanillas y embobado se dedicó a contemplar la angustiada figura de Nanja a través de los cristales.

Uno de los espías se acercó a él para reconocerle, buscándole un viejo pretexto:

—¿Me das fuego?

Volgoff encendió una cerilla sin mirar a quien solicitaba el favor, y éste se retiró para unirse a sus compañeros de vigilancia, diciendo:

—És él.

El joven, después de aquel mudo examen, abandonó el boliche con pena, y buscando por los alrededores, se dirigió a una casita con una puerta cerrada por una verja, penetrando en ella con gran curiosidad de sus perseguidores, que no esperaban aquel cambio.

Alguien fué a dar cuenta a Boris de lo sucedido.

—Estuvo mirando por la ventana, pero no entró.

—¿Por qué?

—No sé. Debía tener algún otro encargo que realizar con más urgencia.

—¿Se le vigila?

—Nuestra mejor gente está sobre sus pasos.

—Bien. Que continúe.

La visita que Volgoff tenía que hacer estaba destinada al doctor que había asistido al ex gobernador. Este le recibió con callado regocijo, y, aludiendo a la joven Nanja, afirmó:

—Donde está, está bien. Siuada la cuida como a una hija.

Luego, enseñándole la casa para que se diese cuenta de las precauciones tomadas, indicó:

—Esta ventana que sobre el agua del puerto, y aquí, escondida, está la emisora de radio. Todos esperábamos con ansia este momento y todos estaremos en las catacumbas para recibir órdenes a la hora indicada.

Volgoff, después de hacerse cargo de las precauciones tomadas y de convencerse que todo estaba en orden para actuar en el momento oportuno, abandonó la casa del doctor para dirigirse al bolicho en busca de Nanja.

El corazón le latía con violencia inusitada y se preguntaba cómo la joven pudo salvarse y encontrar aquel refugio después de la terrible sorpresa del acorazado, en el que todos se habían visto presos como cogidos en una ratonera.

Cuando el joven, después de llamar discretamente a la puerta, se vió en

los brazos de Nanja, se sintió el más dichoso de los mortales y fué tal la fe que aquella unión le produjo, que se consideró ya dueño de Sebastopol, dando como segura la derrota de los revoltosos.

Nanja, abrazada a él tiernamente, murmuró:

—¡Volgoff, me parece un sueño volver a verte!

—Pues aquí me tienes dispuesto a actuar. Esta noche me reuniré con los camaradas y mañana la ciudad estará en nuestras manos.

Ella, asustada y temiendo que cualquier peligro imprevisto volviese a separarlos, quizá para siempre, replicó:

—¡Ten cuidado, Kostja!

Luego, después de darle cuenta de su terrible odisea y de las muchas horas de amargura pasadas en aquel refugio, añadió:

—Estaba completamente abatida, pero cuando vi tu escrito recobré el valor.

Volgoff miró a su amada con ojos interrogantes, y preguntó:

—¿Mi escrito? ¡Pero si yo no te escribí!

—Sí, Kostja. Un pedacito de papel...

—¿De mi parte?

—¡Claro! Lo traje en menajera.

El conde, presintiendo que debajo de todo aquello había algo misterioso y terrible, se alarmó y, con la faz descompuesta, exclamó:

—¿Un mensajero más? ¿Dónde está ese papel?

—No te comprendo — murmuró Nanja adivinando también que algo grave se cernía en torno de ella.

El, con voz ronca y nervioso en extremo, replicó:

—¿Enséñame ese papel, por favor!

La joven se dirigió a una mesita y destapando un cacharro de cristal sacó el trozo de papel pautado que el fingido perseguido le entregara dos días antes.

Cuando Volgoff vio el papel lo estrujó con ira, diciendo:

—Pero ¡si este es el papel que escribí el día que regresamos, cuando tú tocabas el piano en el palacio!

—¿Qué significa esto?—preguntó Nanja asustada.

—Pues que nos han preparado una trampa para que yo viniera.

La joven, con la angustia en el alma, murmuró:

—Pero yo te escribí...

—Tú no tienes la culpa de nada de lo que ha sucedido.

—Sí; pero si te sucede algo...

Volgoff, loco de rabia, exclamó:

—No se trata de lo que me pueda suceder a mí, sino de la vida de mis amigos, que está en terrible peligro.

Y separándose bruscamente de los brazos de Nanja, corrió como un loco hacia la salida, seguido de ella, que, asustada y temiendo por la vida de su

amado, quería correr tras él para sufrir su misma muerte.

Al ruido de las voces acudió Simaida. Volgoff se encará con ella, suplicando:

—¡Cuide usted de Nanja, por favor!

La joven trató de huir de los brazos de su protectora; pero logró sujetarla y llevársela a su cuarto, mientras Volgoff, como loco, corría hacia las catacumbas, donde había dejado a sus amigos esperando su regreso, para proceder según los acontecimientos aconsejaran.

El conde, seguido de su fiel Ivan, llegó al sitio de la cita y, temiendo una emboscada, dijo:

—Quédate aquí, y si observas algo sospechoso me avisas.

Ivan quedó montando la guardia, mientras el joven se perdía por el laberinto de galerías de la catedral para llegar a los sótanos, en los que los conjurados debían estar esperándole.

Volgoff descendió a las catacumbas, un lugar tétrico y sombrío, todo él enjambado de tumbas de estilo barroco, en las que descansaban los restos de cientos de jerarcas de la iglesia rusa.

Volgoff, perdido en la grandiosidad de las catacumbas, avanzaba con suma cautela, temiendo una emboscada. El silencio era impresionante y por ninguna parte encontraba señales de

la presencia de sus amigos. Súbitamente una sombra se irguió ante él. Aquella sombra era la del comisario Boris.

Volgoff retrocedió unos pasos, puesto en guardia, y el comisario, avanzando lentamente hacia él, dijo con acento irónico:

—¿Qué busca usted, conde Volgoff?

Este se quedó contemplándole de forma dudosa, pero el aparecido, para aclarar sus recuerdos, advirtió:

—¿No me conoce? Soy Wolinsky, criado de su Excelencia.

El conde retrocedió, mirando a todas partes, y cuando se disponía a liberarse de aquel enemigo sangriento, surgieron por detrás de las tumbas varias docenas de revolucionarios con las bayonetas caladas prestas a defender a su amo y señor.

Boris, con burla recalcada, añadió:

—Muchas gracias, señor conde. Me ha ayudado usted a conocer a los contrarrevolucionarios, y como soy hombre agradecido, es usted libre. Puede marcharse.

Volgoff avanzó impetuosamente hacia él; pero diez bayonetas se apoyaron contra su pecho, obligándole a detenerse.

—¿Para qué?—rugió—. ¿Para hacerme asesinar en la primera esquina?

Boris apartó las bayonetas que le defendían y con gesto frío, indicó:

—Tiene usted poca confianza en mí. Puede marchar tranquilo.

Volgoff, aprovechándose de aquella libertad inconcebible que se le ofrecía, trató de hacer uso de ella, intentando algo para que la contrarrevolución no fracasase y se decidió a salir, pero apenas había adelantado diez pasos tres hombres le cerraron la marcha.

—Salga usted por la derecha, señor conde.

Este torció hacia el lugar indicado, penetrando en una nueva galería. Al hacerlo, quedó petrificado por el asombro. Una larga fila de prisioneros, en los que reconoció a todos sus compañeros de conspiración, aparecieron ante su vista, clavando en él sus ojos, devorados por la rabia y la impotencia.

Boris, recreándose en la angustia del joven, avanzó varios pasos, diciendo:

—Volgoff... ¡Ya ve usted su éxito! Repito que puede contar con mi agradecimiento.

El joven, al darse cuenta de la magnitud de la trampa en la que había caído, se sintió cegado por la rabia y sin medir la impotencia de sus pobres armas, se lanzó impetuosamente sobre Boris, atenazándole por el cuello, mientras gritaba:

—¡Canalla!

El esfuerzo, aunque heroico y sobrehumano, fué estéril. Docenas de brazos cayeron sobre él de modo im-

placable, arrebatándole su presa, y el joven, con los ojos desorbitados por la ira, se vió impelido hacia adelante envuelto entre el grupo de prisioneros.

Pero por un designio oculto de Boris, la palabra de éste fué cumplida y el conde, en lugar de ser llevado a los calabozos de Gobernación, quedó en libertad. Abandonando sus cadenas a todo correr, salió al exterior, donde Ivan montaba la guardia, y tomándolo por un brazo le arrastró tras él, diciendo:

—¡Todo está perdido! ¡Debemos probar a ver si podemos comunicar por radio!

Y a todo correr se dirigieron a la casa del doctor, donde estaba oculto el aparato emisor.

Cuando llegaron a la silenciosa casita, ni el más leve ruido turbaba la paz augusta en aquellos parajes. Ambos ascendieron al piso y descubriendo el oculto aparato se dispusieron a pedir comunicación con el campamento de sus amigos; para dar cuenta de la tragedia y pedir refuerzos.

Pero apenas habían tomado los auriculares, cuando retrocedieron asombrados. Un tipo gordo, sonriente, de modales finos y meliflcos, había hecho acto de presencia, seguido por un grupo que le escoltaba con las bayonetas caladas y los revólveres prontos a disparar.

El recién llegado, que no era otro

más que el comisario de Kiew, se dirigió al conde y con acento suave le dijo:

—Volgoff, mucho gusto en saludarle.

Volgoff trató de saltar sobre él y buscar la huida; pero el grupo de escolta le cerró el paso, amenazándole con sus revólveres.

El comisario, sonriente, le insinuó que cometía una locura con aquel intento, diciendo:

—No vale la pena, conde... Vamos al negocio.

E indicando con un dedo el aparato, añadió:

—Necesitamos la señal de su emisora para comunicar con sus amigos.

Volgoff dirigió una severa mirada a Ivan, indicando que no hablara ni aun a costa de su propia vida y enmudeció.

El comisario, sin perder aquel aire suave y mantecoso que poseía, advirtió:

—Sólo pregunto una vez.

Mas como el conde siguiera encerrado en su hiesco silencio se encogió de hombros, y murmuró:

—¡Lástima!

Apuntó con el dedo al verdugo, que sólo esperaba una orden para satisfacer sus instintos sanguinarios, y ordenó:

—¡Liquidado!

Ivan, comprendiendo que el terrible final se acercaba, sin nada práctico para ellos, tomó una resolución desesperada, y, deteniendo a los esbirros que avanzaban, exclamó:

—¡Comisario, yo comencé la señal!

Volgoiff al oírle trató de arrojarle sobre él para impedir aquella traición, pero pronto se vió derribado en el suelo, mientras Ivan, con gesto enérgico, añadía:

—¡No quiero dejarme fusilar por vosotros!

Seguido de varios de los guardianes y del propio comisario, se dirigió a la pequeña emisora y le abrió, tomando los auriculares en acción de intentar la comunicación; pero aprovechando un momento de descuido de los esbirros, tomó un pesado objeto que había cerca y lo lanzó violentamente contra la emisora, haciéndola pedazos al tiempo que gritaba:

—¡Fúgase, mi teniente!

La sorpresa para todos fué violenta. Un grupo se lanzó sobre Ivan, hiriéndole con las culatas de las pistolas; pero Volgoiff, aprovechando aquel momento de indecisión, dió un terrible salto y atravesando los vidrios de la ventana se lanzó al espacio, yendo a regullarse en el regor de las aguas que susurraban bajo los cimientos de la casita.

...

En tanto, Volgoiff corría hacia el fracaso de todas sus ilusiones; Nanja, vencida por el dolor y el miedo, se había dejado abandonar sobre el lecho, entregada a la mayor desesperanza.

Sinaida, valiente y optimista, no se apartaba de ella por temor a que cometiese algún acto de insensatez y trataba de consolarla, afirmando que todo iría bien y que nada grave le sucedería al joven y a sus nobles y desinteresados amigos.

Un ruido lejano y misterioso crispó los nervios de la muchacha y Sinaida la tranquilizó, diciendo:

—No es nada. Ha sido un gato.

—¿Qué vida!—murmuró la joven entre hipos y lágrimas.

—No hay que dejarse vencer por la vida. Hay que ser valientes.

La noche pasó entre congojas de inquietud, y cuando ya la fría luz del amanecer se filtró por la entreabierta ventana, Sinaida, que sentía su cabeza mareada por tanta emoción, comentó:

—Ya es de día. Parece que he estado bebiendo toda la noche.

Y con gesto de calma tomó un zapato y con el tacón mató de un recio golpe la hez de la vela.

Nanja miró al exterior y sus angustias aumentaron.

—De día no pueden andar por la calle. Les reconocerían. ¡Tengo miedo!

—Tranquilízate. Ya vendrán—re-

plicó Simaida. Pero en la forma de decirlo se adivinaba que ella también había perdido toda esperanza de posibilidad de que así sucediera.

VI

CUANDO el comisario de Kiew regresó al palacio y se vió obligado a dar cuenta a Boris del fracaso de su gestión, éste, con una sonrisa sarcástica en los labios, y poniendo toda la fidelidad que poseía en sus palabras, le escupió al rostro:

—Le entrego al hombre que buscamos y deja usted que se fugue. ¡Bonita actuación la suya!

El comisario general, un poco cortado por los justos reproches que recibía, arguyó, tratando de rectificar en parte su fracaso:

—Por lo menos, habéla que detener a los del bolche.

—¿Para qué iba a servirnos ya, después de haber levantado la cara?

¡Cállese! Ahora vuelvo a mandar yo.

Una llamada del teléfono le obligó a suspender sus palabras de venganza contra el comisario, y tomando el aparato escuchó atentamente, dejando reflejar en su rostro la alegría que le causaba la noticia que estaba recibiendo.

Colgó el auricular, y levantándose se paseó nerviosamente, diciendo:

—El acorazado está dispuesto para salir. Todo el tiempo preparando su reparación y ahora, en lugar de hacer en él el viaje de prueba, tengo que quedarme aquí para arreglar sus tonterías.

Hizo una seña a Turbin, y agregó:

—No puedo ir al buque. Haz tú el

vía de ensayo. Regresa por la noche. Durante la fiesta de la revolución tomaremos posesión del acorazado.

Turbín se dispuso a partir y Boris advirtió:

—Llama a Nikitin.

El hombre de confianza del distrito acudió a la llamada en actitud medrosa. Boris se lo llevó aparte, diciéndole:

—Ahora irás al boliche a cumplir una misión.

Y se encerró con él en el despacho para darle órdenes concretas.

* * *

El día amaneció frío y desapacible. La atmósfera helada como el alma de las dos infelices mujeres que esperaban en el boliche contando con angustia los segundos que el reloj marcaba lentos e inexorables, se filtraba por todas partes, acabando de congelar las pocas energías que los trágicos sucesos desarrollados habían dejado en sus espíritus.

Como un fantasma, la sombra de Nikitin apareció en el boliche, deslizándose medrosa y agorera.

Nanja, al descubrirle, se irguió, preguntando anhelante:

—¿Qué ocurre? ¿Tráe usted alguna noticia? ¡Hable!

Sinaida le miró a la cara, y comentó:

—Algo raro debe ser. ¡A este le conozco bien!

Nikitin, tragando saliva para poder articular mejor las palabras, dijo:

—El conde Volgoff ha sido detenido.

Nanja se llevó las manos al pecho como queriendo retener dentro de él el corazón que pugnaba por escapar, y suspiró:

—¡Dios mío! ¿Por orden de Wolinsky?

—No. El le soltó; pero el comisario... le retuvo contra su voluntad.

—¿Dónde está Ivan? — preguntó Sinaida impetuosamente.

—También detenido. En el sótano de Gobernación están todos.

—¿Puede hacerse algo?

Nikitin se encogió de hombros impotente, pero Sinaida se levantó resuelta.

Y dirigiéndose a Nanja cambió con ella impresiones que fueron seguidas con interés por el avieso Nikitin.

* * *

El comisario de Kiew, tratando de recuperar su autoridad y congraciarse con Boris, se permitió advertir:

—Creo que ya es tiempo de detener al ex gobernador.

Boris iba a replicar, cuando Nikitin apareció en el despacho, y dirigiéndose a Wolinsky musitó a su oído:

—¡Ella va a venir esta noche!

La noticia encendió una llama de regocijo en los ojos de Boris, el cual, dirigiéndose al comisario, exclamó:

—Tiene usted razón.

—Entonces le detendré...

—Sí; pero... no ahora. Por la noche. Que esa detención sirva para alegrar la fiesta.

El comisario se detuvo extrañado, pues no acertaba a comprender por qué había de aplazarse la detención; pero como no estaba en situación de imponer su criterio, hubo de resignarse a esperar. Su espíritu avieso no le advirtió de que aquella demora era una parte del plan ideado por Boris para realizar sus ansias personales, cifradas todas en la posesión de aquella belleza altiva e imposible de poseer que se llamaba Nanja.

...

En el campamento de los contrarrevolucionarios se recibieron noticias agradables.

El personal camuflado a bordo del *Sebastopol* telegrafió anunciando que el acorazado había salido con rumbo al Sur y se daban órdenes para tratar de apoderarse de él de algún modo.

En éste se encontraba escondido el conde Volgoff, el cual, al arrojar al agua desde la casita del doctor, había nadado, amparado en las sombras

de la noche, hasta el acorazado, ascendiendo hasta él por una de las cadenas pendientes y escondiéndose en uno de los camarotes.

Una vez dentro, se puso en comunicación con sus amigos, logrando acumular algunas armas para en el momento propicio hacer uso de ellas y poder combatir con la marinería que custodiaba el barco.

Los contrarrevolucionarios subieron a bordo de un buque de abordaje y se dispusieron a seguir al magnífico buque, en espera de la ocasión propicia de poder sorprenderle.

Aquella noche el populacho se entregó a la más desenfrenada orgia para conmemorar el triunfo de la revolución.

Provisos de hachas de viento, recorrían las calles, entonando canciones revolucionarias y entreteniendo sus ocios en cazar a los infelices prisioneros, a los que daban anelta, para después acecharlos en su loca carrera y dejarlos tumbados por las calles como perros hidrófobos después de destrozarlos.

En la casita del boliche del puerto, el ex gobernador, siempre privado de aquella terrible amnesia que borraba piadosamente de su memoria el recuerdo trágico de aquella noche de la sublevación a bordo del *Sebastopol*, permanecía hundido en su butaca, con los ojos extraviados y las barbas cre-

cidas, dando la sensación de una sombra que flotaba por la estancia. De repente, se irguió como si la vida volviese a él y escuchó sobresaltado.

Las sirenas de los barcos ululaban estridentemente y el ruido de las detonaciones atronaba las calles. Hizo ademán de lanzarse hacia las ventanas; pero su hija le detuvo, explicándole:

—Es la celebración del aniversario de... la batalla de Pultawa.

El enfermo hizo un esfuerzo para recordar.

—¡Ah, sí! Me había olvidado... Pedro el Grande...

Natja, que tenía un proyecto que realizar en unión de Simaida, dijo:

—Salgo un poco a la calle a ver la fiesta.

—Ve, hija mía.

Ella, temiendo que su padre también intentase salir, advirtió:

—Tú no puedes salir, papá. El doctor...

—Siempre el doctor—gimió él como un niño mimado—. ¿Por qué no vino más?

—Miraré a ver si le encuentro y te le envío.

Y decidida salió de la estancia para correr en busca de Simaida y marchar al palacio del gobernador, donde tenía la pretensión de entrevistarse con Boris para pedirle que intercediese en favor de su amado. Ape-

nas había abandonado la casita, cuando en la estancia hizo su aparición Nikitin, el hombre de confianza del distrito.

Se sabía dueño absoluto del bolicho por ausencia de las dos mujeres e iba a poner en práctica un plan de rapia que había concebido.

El ratero se dirigió al infeliz ex gobernador y tratando de arrebatárle el anillo que lucía en su mano derecha, exclamó:

—¡Suelta el anillo! Ya todo terminó para ti.

El enfermo, tomando al ratero por su ex mayordomo, preguntó:

—¿Qué es eso, Boris? La sirena. ¿Revolución? ¿Marineros?

Nikitin, que había logrado arrebatárle la sortija después de un gran forcejo, contestó con enojo:

—Tu Rusia ya no existe. Fusilaron al Zar.

El ex gobernador, como sacudido por una corriente eléctrica, al oír aquellas frases brutales, se irguió como una fiera, y tomando el mueble que encontró más a mano, lo arrojó brutalmente sobre el ratero. Este, alcanzado por él, rodó al suelo bañado en sangre, mientras el enfermo, como un autómatas, abandonó la casa, lanzándose a la calle entre el loco torbellino de los revolucionarios...

* * *

En el palacio del gobernador reinaba la orgía más desenfrenada.

Los revolucionarios se habían dedicado a amontonar los más preciosos objetos de arte del palacio para darse el gusto de destrozarlos, ensañándose principalmente con aquellos cuadros representativos del culto, que acerbillaron a balazos.

Boris, en su despacho, entregado a la bebida, celebraba a su manera la fiesta del triunfo y su hombre de confianza le advertía:

—Cuidado no vayas a comprometerlos.

Boris, con brusquedad, le rechazó, diciendo:

—¡Ocupate de tus cosas!

Turbin le advirtió:

—El *Sebastopol* está de regreso.

—Pues pon un radiograma dando permiso a la tripulación para bajar a tierra a celebrar la fiesta.

Entre tanto, Nanja, acompañada de Sinaida, se dirigió al palacio resacaadamente.

La joven había tomado una actitud heroica que nada ni nadie le haría abandonar. Quería visitar a Boris y tentar su alma, a ver si en ella quedaba algún sentimiento de compasión todavía, e intercedía por el conde para salvarlo.

Atravesando entre la muchedumbre, ebria de alegría y de alcohol, llegaron por fin al palacio, y hurtan-

do el cuerpo a las manos rijosas de los que poblaban las escaleras, se internaron por las galerías.

Sinaida preguntó:

—¿Por dónde se baja a los sótanos?

Nanja le indicó una puerta y la valiente tubernera la animó, diciendo:

—No pierdas tiempo.

—Debo atravesar el salón—advirtió la joven temblando ante la sola idea de tener que cruzar por aquel sitio atestado de individuos ebrios y vocifereros.

Sinaida apremió:

—Ve aprisa. Esconde la cara y no mires a nadie.

Nanja se armó de valor y tapándose el rostro con el mantoncillo que cubría sus hombros, trató de pasar entre la chusma.

A pesar de su rapidez, no pudo evitar que manos agarrotadas por el deseo profanasen su cuerpo al cruzar; pero escurriéndose flexible entre la turba logró alcanzar el rellano y llegar al antedespacho. Entre tanto, Sinaida, fiel a un proyecto que había concebido, se acercó al guardián de la galería que conducía a los sótanos y entregándole una botella de vodka, que el soldado contempló con ojos golosos, le dijo insinuante:

—Toma. Bebe, pero en un rincón, donde no te vean. Yo vigilaré mientras.

V aprovechando la ausencia momentánea del guardián, se deslizó por la escalera camino de los sótanos, con el ansia de descubrir si estaban allí el conde Volgoft y su adorado Iann.

Cuando Nanja, después de sortear a la chusma, logró llegar al antedespacho, dos lacayos guardianes la cortaron el paso.

Ella, enérgica y decidida, trató de desahirse del obstáculo para seguir su camino; pero fué atenuada rudamente y el mantoncillo que cubría su busto quedó en manos de sus enemigos.

—¿A dónde vas?—gritó uno.

—A ver a Wollinsky.

—¿Atrás! ¿Tienes permiso?

—No; pero debo verla. Me espera.

Nanja, más furiosa que nunca, intentó seguir adelante; pero de nuevo fué rechazada con brusquedad, al tiempo que Boris, atraído por el ruido de la discusión, abrió la puerta del despacho y se presentaba en el lugar de la refriega.

La joven, al mirarlo, observó el brillo extraño de sus ojos y el paso inseguro con que avanzaba y comprendió que estaba borracho; pero dominada por la idea que allí le había guiado, desechó el miedo y sostuvo valientemente la mirada turbia del brutal comisario.

Uno de sus guardianes advirtió:

—Dice que está esperándola.

El se quedó un momento suspendo, y luego, con voz torpe, contestó:

—Es verdad.

Abrió la puerta del despacho para que Nanja penetrara, y arrojando la botella que llevaba en la mano a uno de los guardianes, regresó al despacho.

Hubo un momento de angustioso silencio, en que ambos se contemplaron como si midiesen sus fuerzas.

Boris, adivinando lo que ella estaba pensando de él, trató de mantenerse erguido, y afirmó balbuciente:

—No estoy borracho... No... Sabría que vendría usted a darme las gracias por haber salvado al conde Volgoft.

Ella dudó de las afirmaciones de Boris, y contestó:

—Kostja está preso.

El tomó un casco, se sirvió una nueva copa y avanzando hacia la muchacha, que retrocedió unos pasos, dijo:

—Y usted quiere que le salve. ¿No es eso?... ¡Podría hacerlo... por usted!

Ella, suplicante, se acercó angustiada:

—¿Sálveme!

Boris no contestó. Llenó el vaso, lo apuró de un trago y llenándolo de nuevo avanzó torpemente hacia Nanja, diciendo:

—Bebe, palomita, y ric... ¿No quieres?

La muchacha, al sentir cerca de ella el aliento del apasionado comisario,

rio, le arrojó el vaso y lo tiró lejos de sí, quedando en actitud desafiante.

El, riendo cínicamente, se decidió a intentar el asalto final, y acercándose más, rugió:

—¿Te olvidas que pueden forzarte todos? Pero no; debes ser mía.

Y abalanzándose sobre ella la oprimió por la cintura, tratando de besarla.

Nanja, al sentirse así ultrajada, luchó con todas sus fuerzas para desasirse del abrazo brutal, sin conseguirla. Boris era más fuerte y la fuerza del deseo espoleaba su sangre.

Fue un momento trágico. Nanja se

consideraba vencida, cuando abriéndose la puerta bruscamente hizo su aparición, como un autómatas, su padre.

Este, iluminado por un destello de comprensión, al observar a su hija en brazos del ex mayorcómico, avanzó rígido hacia él y Wolinsky, dominado por un secreto terror, retrocedió, tambaleándose como un muñeco.

Sobre la mesa yacía el revólver de Wolinsky como una tentación. El ex gobernador lo tomó y alargando el brazo disparó...

Boris, alcanzado en sitio vital, dio dos pasos y cayó muerto, mientras Nanja, aterrada, trataba de sujetar a su padre...

VII

SINADA, deslizándose furtivamente, llegó hasta los sótanos de Gobernación. En uno de ellos, bien guardado por fuertes rejas, un grupo de prisioneros, entre los que se encontraba Ivan, con la cabeza vendada,

aguardaban el final trágico que de un momento a otro pondría fin a sus tormentos.

De repente sintió pasos cercanos y se escondió entre unas cubas para no ser descubierta. Desde su escondite ob-

servó cómo un listero iba nombrando a algunos de los fugitivos y éstos eran sacados a empujones de la mazmorra para ser conducidos al lugar del suplicio.

La valiente Sinaida descubrió con infinito dolor cómo entre los nombrados se encontraba Ivan y sufrió la terrible amargura de verlo desfilar altivo y sereno, sin el consuelo de darle el beso de despedida. El grupo de prisioneros fué conducido a uno de los patios próximos al jardín. Allí, colocados de cara a una pared, esperaron estoicamente el momento supremo, mientras el pelotón de fusilamiento preparaba sus armas, esperando la voz de fuego para disparar. Pero en el supremo instante se obró un milagro. Por entre el enrejado de la calle asomaron infinidad de fusiles con la balloneta calada y una voz autoritaria ordenó:

—¡Arriba las manos!

Los soldados, sorprendidos, dejaron caer los fusiles y la misma voz ordenó a los presos:

—¡Tomad esas armas!

El cuadro cambió como por encanto. Los verdugos de un minuto antes se convirtieron en cautivos y los presos, armados con sus armas, se apresuraron a apoderarse de ellas.

Pronto surgieron los salvadores. Se trataba de Volgoff y sus amigos, quienes después de apoderarse, me-

dante un atrevido golpe de mano, del acorazado, acudían a Gobernación dispuestos a salvar a sus compañeros.

El conde, radiante de gozo, gritó:

—¡Selastopol está en nuestro poder! ¡Vámonos de aquí!

Luego, encarándose con Ivan, al que se abrazó, preguntó anhelante:

—¿Dónde está Nanja?

Sinaida, que había aparecido en el lugar de la ejecución, se acercó a Kostja, contestando a su pregunta:

—Con Wolinsky. En su despacho. Quería salvarlos.

El conde, temiendo que hubiese sucedido lo irremediable, ordenó imperativo:

—¡Llévame allí.

Luego, volviéndose a Ivan, suplicó:

—Quédate aquí, Ivan, y luego dirigeros al puerto.

Y con paso acelerado corrió hacia el despacho del comisario en busca de su adorada, seguido de Sinaida, que no quería abandonarle en aquella hora suprema.

Mientras Nanja luchaba con Boris en su despacho defendiendo su honor, el comisario de Kiew atravesó el ante despacho, donde Nikita, con la cara mostrando las huellas de los golpes que recibiera del gobernador, lucía en su dedo la fatídica sortija que tan cara había pagado.

Cuando el tétrico personaje descubrió la joya y las huellas de sangre del hombre de confianza del distrito, comprendió que la joya era producto de algún robo, no muy afortunado, y tentado a su vez por la codicia se acercó a él melifluo, diciendo:

—Sangras, camarada... ¡A ver! ¿Qué anillo más precioso!

Suavemente, como tenía por costumbre, se apropió de la sortija, sin que Nikitin se sintiese con ánimos para protestar del despojo, y haciendo una seña al verdugo que le acompañaba, exclamó en tono compasivo, como si realmente hubiese motivo alguno que le impulsase a sentir tal sentimiento:

—¡Qué lástima!

El verdugo se acercó al ladronzuelo y fríamente, con aquel aire glacial e indiferente que posela en la ejecución de sus sentencias, disparó sobre él. Nikitin rodó como un monigote y el comisario, indiferente, admirando el anillo que se había colocado en el dedo, tuvo para su víctima la oración fúnebre de costumbre:

—¡Liquidado!

...

El ex gobernador, como un autó-mata, soltó la pistola, con la que había puesto fin a la trágica vida de su ex mayordomo y tambaleándose como

un ebrio se dejó desplomar sobre un sillón.

Nanja corrió hacia él angustiada y trató de hacerle hablar, pero en vano. El pobre enfermo, vencido por tantas emociones, había sufrido un agudo ataque al corazón y doblando la cabeza hacia adelante quedó muerto, sin hacer un solo gesto.

Nanja, horrorizada, se dejó caer a sus pies, llorando amargamente, y en aquel momento, Volgoff, acompañado de Sinaida, penetró en el despacho.

El joven se arrojó en los brazos de su amada; pero ésta, volviendo la cabeza hacia su padre, incapaz de pronunciar una sola palabra, señaló el cadáver. Por su parte, Sinaida, al avanzar, había tropezado con el cuerpo de Boris, y al volverle y descubrir su rostro comprendió toda la horrible tragedia allí desarrollada y el gravísimo riesgo que todos corrían, e interviniendo, se acercó a la pareja de enamorados, ordenando:

—¡No hay tiempo que perder! Boris está muerto... ¡No hay otra salida!

Nanja indicó:

—Allí. Aquella puerta pequeña.

Volgoff empujó suavemente a su novia para que avanzase y huyese de allí; pero la joven, no queriendo separarse del cadáver de su padre, gritó, rebelándose:

—No. ¡Yo me quedo aquí!

—Se razonable, Nanja—suplicó el conde—. Tenemos que huir.

Pero ella, terca, se negó a seguirle.

Fuera se oían gritos estentóreos reclamando en el balcón la presencia del comisario. Miles de hachas encendidas iluminaban la calle siniestramente y el populacho, cada vez más enfiebreado, suplicaba unas palabras de su jefe supremo.

Sinaida, alarmada, advirtió:

—¿Quieren ver a Wolinsky! ¡Subirán a buscarle!

Volgoff, recordando a los que huían en busca de la salvación hacia el puerto, gritó asombrado:

—Entonces los prisioneros están perdidos, Ivan...

Sinaida, enérgica, tomando una decisión heroica, ordenó:

—Salve usted a Nanja. ¡Yo me quedo!

—Yo me quedo también—replicó la joven, abrazándose al cadáver de su padre, sin querer separarse de él.

Pero ambos, sin hacer caso de sus protestas, la tomaron en brazos, y Volgoff salió con ella por la puerta secreta buscando la huida.

Sinaida, al encontrarse sola, arrimó la cara a los cristales del balcón y echó una ojeada al exterior. Abajo, la multitud rugía, gritando:

—¡Wolinsky!... ¡Wolinsky!...

Rápidamente tomó una decisión.

Sacó un cigarrillo, lo encendió, se lo colocó casualmente en la boca, adoptando un aire acentuado de loba del puerto, y tomando el cadáver del comisario, lo arrastró fuera del balcón, sujetándole fuertemente por debajo de los brazos para que la multitud pudiese verle en aquella actitud equívoca del borracho que, sin fuerzas para moverse, necesita la ayuda ajena.

Durante un momento le sostuvo, recibiendo los aplausos de la horda enardecida, hasta que el cuerpo, pesado como un plomo, se le escurrió de las manos y rodó como un pelle.

Entonces, la valiente muchacha se retiró del balcón jadeante, y quedó apoyada contra la pared, sosteniéndose en ella por un milagro de energía.

En aquel momento, el comisario de Kiev, en unión del verdugo, hizo su aparición. Acababan de liquidar al confidente Nikitin y acudían al despacho atraídos por el ruido de los disparos.

El comisario abarcó el cuadro con una mirada fría de sus impenetrables ojos azules, y con su eterna suavidad se acercó a Sinaida, preguntando:

—¿Quién lo hizo?

El silencio de Sinaida le obligó a insistir, sin alterar el timbre de su voz meliflua:

—¿Responde, camarada!

La muchacha, con el cigarrillo entre los labios y una sonrisa heroica en ellos, fijó su vista en el paisaje de un

cuadro fronterizo y se sumió en algo indefinido que la alejaba muchas leguas de allí.

El comisario, sin alterarse, insistió:
—¿Quién estuvo aquí?

—Nadie—fué la breve respuesta.

—¿Por qué no quieres hablar?
Puedo obligarte a hacerlo.

Pero Simaida, con la vista clavada en el cuadro, seguía con el pensamiento muy lejos en pos de los prisioneros, que, al amparo de su silencio, estarían tratando de recorrer la peligrosa distancia que les separaba del puerto.

El comisario, siempre sereno, sin perder la paciencia, indicó la presencia del verdugo, dando su ultimátum.

—Puedes elegir...

Como un estallido vibraron clamores fuera de la estancia. La fuga de los presos había sido descubierta y las voces de alarma atronaban el palacio.

—Han liberado a los prisioneros.
¡Al puerto!

El verdugo inició un movimiento para salir, pero el comisario le detuvo con un gesto enérgico, diciendo:

—Tú te quedas.

Luego, acercándose a Simaida, que le contemplaba sonriendo barlontanamente, aseveró:

—Esto es una traición...

Ella no contestó y su enemigo, fra-

tándose las manos suavemente, pronunció su frase favorita:

—¡Lástima!... ¡Lástima!...

El verdugo, sonriente, avanzó unos pasos, y sacando el revólver, se dispuso a cumplir su cometido, sin que en el hermético rostro de la infeliz sacrificada se dibujase una sola mueca de miedo.

Volgoff, con su preciosa carga a cuestas, se aprovechó de la confusión reinante en el palacio para salir de él en busca de la salvación.

En medio de sus preocupaciones no le era posible olvidar a la valiente muchacha que en aquellos momentos se estaba sacrificando en beneficio suyo y de su amada, y no pudo por menos de tener para ella un pensamiento de admiración y un suspiro de dolor.

Cuando salió del palacio se unió a sus compañeros, que no habían querido partir sin llevarle a su lado, y el joven, jaleante, entregó su amada carga a Ivan, diciendo:

—¡Todas a los botes!... Toma a Nanja.

El gigante la tomó en sus brazos y salió corriendo con ella, mientras los fugitivos, que acababan de ser descubiertos, se disponían a batirse bravamente para conservar la tan anhelada libertad.

Volgoff, ya libre de la presencia de Nanja, gritó:

—Corred!... Yo os guardo las espaldas.

Y, amparándose en los salientes de las fachadas, empuñó el revólver, tratando de mantener a raya a sus perseguidores.

El tiroteo se inició rápidamente. El grupo de perseguidores aumentó intensamente, y Volgoff, ayudado por algunos de sus hombres que quedaron rezagados, trató de sostenerlos alejados, mientras el resto de los fugitivos se trasladaba a bordo.

Súbitamente hizo un extraño, y soltando el revólver, sólo tuvo tiempo de dar la vuelta a una esquina y dejarse caer, tocado por una bala.

Ivan, que se encontraba a retaguardia suya, al observar cómo su amo caía herido, rugió como una fiera, y hurtando como pudo el cuerpo a las balas que llovían en torno suyo, saltó de obstáculo en obstáculo hasta llegar junto al caído.

Con sus hercúleas fuerzas se lo echó auestas, y saltando como un poseído, se alejó con el cuerpo, amparado por el fuego de sus compañeros.

Pronto llegaron a los botes, logrando alejarse del peligro. A pocas brazas de allí, el acorazado, ya en poder de los contrarrevolucionarios, les esperaba con sus cañones vueltos hacia la ciudad.

Cuando todos los fugitivos estuvieron a bordo, el acorazado rompió el fuego con su gruesa artillería y las silbicas fiestas de la revolución se vieron amenizadas por el tronar de aquellas imponentes piezas artilleras, que todo lo barrian de un modo inexorable.

El palacio del gobernador fué puesto bajo los fuegos de las baterías, y los obuses, ciegos y devastadores, empezaron a demoler el edificio.

En el despacho del gobernador, Sinaida, apoyada contra la pared, esperando que el revólver del verdugo pudiese en su corazón sus fatídicas balas, oía el silhar de los obuses como una música grata y celestial. El verdugo, imparable, avanzó y levantó su mano, pero en aquel momento un obús penetró por la abierta ventana y la estancia voló en astillas, como todos los que en ella se encontraban.

La infeliz Sinaida se había sacrificado dulcemente, pero su sacrificio no había sido estéril. Un puñado de heroicos defensores de la verdadera libertad había rescatado el acorazado *Sebastopol*, y éste, después del terrible bombardeo, se había hecho a la mar en busca de un puerto más acogedor, donde la barbarie y el asesinato sistemático no presidieran los actos de los hombres.

En el puente, Volgoff, abrazado a Nanja, contemplaba la ciudad en fla-

mas que iba quedando atrás en las
negruras de aquella noche sin fin, y
la joven, angustiada, preguntó:

—Y ahora, ¿hacia dónde?

—Ahora, a seguir luchando.

Y Volgoff oprimió dulcemente la
cintura de Nanja, mientras ésta, des-
fallecida, se dejó caer sobre su hom-
bro, devorando en silencio las lágri-
mas que atravesaban sus hermosos ojos.

FIN

COLECCION CINEMA

Notifica a sus amables lectores que tiene adquirida la exclusiva de los mejores títulos de nuestra producción cinematográfica para 1941-42, cuyos originales publicaremos sucesivamente.

He aquí algunos:

FLORA Y MARIANA	<i>Blanca Siles y Juan de Orduña.</i>
ORO VIL	<i>Mary Santamaría y Ricardo Merino.</i>
LA FAMOSA LUZ MARIA	<i>Lupe Sino y Manolo Morán.</i>
MELODIAS PROHIBIDAS	<i>Marta Flores y Luis Prendes.</i>
FORTUNATO	<i>Antonia Vica.</i>
ERAMOS SIETE A LA MESA.	<i>Blanca de Siles, Alberto Romea y Guadalupe Muñoz Samperio.</i>
DANZA DE FUEGO	<i>Antoñita Colomé, Eduardo Valverde, Luis Arroyo, Charpin, Jean Chevrier</i>

Y las superproducciones españolas

LOS LADRONES SOMOS GENTE HONRADA

De ENRIQUE JARDIEL PONCELA

MOSQUITA EN PALACIO

Según la popularísima obra de ADOLFO TORRADO.

Éxito cumbre de LYS DE VALOIS.

Y

LOCURA DE AMOR

Adaptación del glorioso drama de TAMAYO y BAUS, interpretado por

Mari Corriño - Julio Peña - Rafael Calvo y Jesús Torderillas

COLECCION CINEMA, atenta siempre al favor que le otorgan sus lectores, pone siempre al buen servicio de ellos los títulos de mayor difusión y éxito de nuestra pantalla.

COLECCION CINEMA es garantía de buen gusto.

COLECCION CINEMA ha logrado la mayor difusión en este género de publicaciones.

No deje de adquirir todos los números de nuestra

COLECCION CINEMA

De venta en todos los kioscos y librerías de España.

«BIBLIOTECA ROSA»

Próximamente aparecerá el primer número de esta nueva colección literaria, titulado

TRAVESURA DE AMOR

Una sugestiva novela del joven autor

JOSE M.^a [MONTORO

bellamente presentada -- Precio del volumen 2,50 ptas.

EDICIONES MARISAL Pl. Oriente 2 MADRID

AVENTURAS EXTRAORDINARIAS

DE

Pirulo, Mantecón y el detective Jack-Moon

Fantástica colección infantil de historietas, 16 páginas en colores. Tamaño: 21 por 30

Algo que los niños recordarán siempre con placer.

Una lectura grata que instruye amenizando. Todo cuaderno constituye un agradable viaje por los caminos de la fantasía.

Un niño cuaderno, es un episodio. Los doce, constituyen la obra más acabada y perfecta de esta índole.

En esta colección brindamos a los pequeños:

ALEGRÍA - DINAMISMO - GRACIA - INTERÉS - BUEN GUSTO

Una obra al alcance de todos los niños y que todos los niños deben adquirir.

Niños: ¡instruíos deleitándoos con los felices dibujos de Asaleo, el creador feliz de "Lolín y Bobito", que tantas delicias os han proporcionado.

Adquirid esta colección, única en su género, donde las terribles y famosas hazañas de **PIRULO, MANTECÓN** y el detective **JACK-MOON**, os harán reír y pensar.

El flaco PIRULO, el gordo MANTECÓN, complicando la vida del más intrépido y gracioso de los detectives.

CADA CUADERNO, UN EPISODIO COMPLETO, 1,50 PESETAS

1. Una aventura en el África Austral.—2. Un viaje al Infierno.—3. Los fumadores de opio.—4. El castillo embrujado.—5. En las praderas del Oeste.—6. Los contrabandistas del Támesis.—7. Tres "ases" de la pistola.—8. Un viaje al fondo del Océano.—9. ¡Feliz día de su santo!—10. Una visita al Museo.—11. A cara de "gansters".—12. Tres indios bravos.

DE VENTA EN TODOS LOS QUIOSCOS

Pedidos a: **EDICIONES MARISAL.—PLAZA DE ORIENTE, 2. — MADRID**

Aprenda usted Contabilidad

En la vida moderna se hacen más precios cada día los conocimientos del arte del tenedor de libros o contable

Los hombres de negocios han de dominarlo necesariamente; los empleados todos cualquiera que sea su cargo o actividad, asimismo deben ser expertos contadores; mucha más los propietarios de pequeños negocios e industriales de todas clases.

Todo el mundo contable

Desde el potente financiero al más humilde empleado, todos deben ser contables. Los directores de Empresas, porque dominando el arte del contable, pueden enjuiciar con rapidez y en todo momento la situación de sus negocios, por muchos que sean éstos. Los pequeños comerciantes e industriales, porque por sí pueden enmendar sus sistemas de contabilidad, dedicando a ellos pocos minutos al día. En fin, los empleados, porque siendo la contabilidad el fundamento de todos los negocios, conociéndola pueden servirlos mejor, y al acrecentar los beneficios de la Empresa, aumentarán sus propios ingresos.

La Contabilidad es muy sencilla

Muchas personas tienen un criterio erróneo de la contabilidad, y piensan que sus reglas entrañan grandes dificultades, y que, por tanto, sólo pueden ser contables después de especial y larga preparación. ESTO ES UN GRAN ERROR.

Cualquiera puede ser Contable

tan experto como el que más, y adquirir en muy poco tiempo—días solamente— los conocimientos precisos para llevar los libros de cualquier negocio pequeño; primero, dedicándole al mismo pocos minutos al día, para continuar después de corta experiencia dedicado a las contabilidades de mayor envergadura.

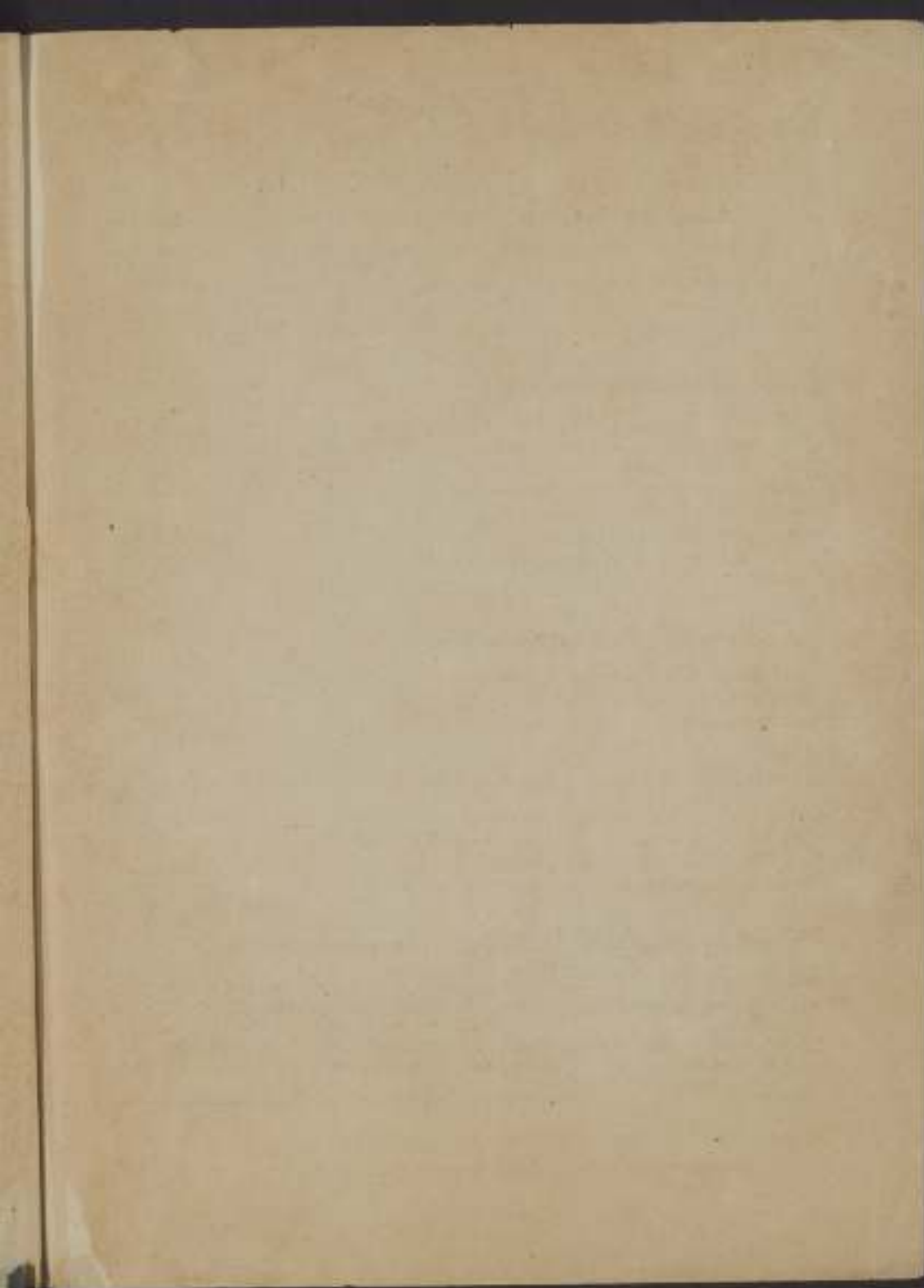
“Contabilidad de los pequeños negocios”

le pondrá al corriente en muy poco tiempo de la forma de plantear, ordenar y llevar por sí el sistema contable que le interesa, dedicándole pocos minutos al día.

Pedidos a Ediciones MARISAL

1-1 MADRID - Plaza de Oriente, 1 y 2 1-1

**Reponiendo su importe al hacer pedido
o contra reembolso, 4,50 pesetas**



TITULOS A LA VENTA

PRODUCCIONES EL PASO SAN	Ptas.		Ptas.
LA TONTA DEL BOTE, Rosita		SU VIDA PRIVADA, Kay Francis	2,-
Heenan-Rafael Durán	2,-	TIRONE POWER, el moderno Rodol-	
LA GITANILLA, Estrellita Castro	2,-	fo Valentino	2,-
GRACIA Y JUSTICIA, María Son-		LA NOVIA DEL EXITO, Diana	
taudría-Mario Gabarrón	2,-	Darbin	2,-
MARIDO PROVISIONAL, Roberto		EL PREDILECTO, Olinde de Naze-	
Rey-María Mercader	2,-	land	2,-
EL MILAGRO DEL CRISTO DE		DESEO, Marlene Dietrich - Gary	
LA VEGA, Nini Montaña - Luis		Copper	2,-
Arredondo	2,-	CASATE Y VERAS, Barbara Stan-	
MARI-JUANA, Amparito Ríos	2,-	wick Gene Raymond	2,-
HARKAI, Lucky Soto-Luis Peña	2,-	LA ZANDUNGA, Lupe Vélez	2,-
HEROÍ A LA FUERZA, Miguel		MUCHACHAS QUE ESTUDIAN,	
Ligero-Antolita Colant	2,-	Sofía Brusa	2,-
¡A MI NO ME MIRE USTED!		BONITAS Y FRAS SE CASAN	
Rosita Pizar-Valeriano León	2,-	TODAS, María Denis - Umberto	
PIMER AMOR, Rosita Pizar-Toni		Melnati	2,-
D'Alay	2,-	MARGARITA, ARMANDO Y SU	
JALISCO NUNCA PIERDE,		PADRE, Florencia Paravicini-Me-	
Carlos López (Chafán) - Espe-		cha Ortiz	2,-
ranza Ruiz	2,-	ESTRELLA DE RIO, La Jana	2,-
UN ALTO EN EL CAMINO,		LA MODELO Y LA ESTRELLA,	
Mary Delgado - Vicente Salas	2,-	Alita Román-Perrotto Borel	2,-
UNA CONQUISTA DIFÍCIL, Ma-		DIVORCIO EN MONTEVIDEO,	
nacho Fresno-Luis Prendes	2,-	"Cute" Sabina Olmos - Enrique	
UN MARIDO BARATO, Nini		Serrano	2,-
Montaña-Luis García Ortega	2,-	BAJO LA CRUZ DEL SUR, Daria	
		Ducassi-Antonia Centa	2,-
PRODUCCIONES EXTRANJERAS		EL SOBERANO, Emil Jennings	1,25
¡VIVA LA MARINAI, Ruby Kee-		TRUZA, La Jana	1,25
ler-Dick Powell	2,-	EL DOBLE DEL REY, Albert Mat-	
LUZ A ORIENTE, Josephine Hat-		teslock	2,-
chinson-Pat O'Brien	2,-	EL SARGENTO BERRY, Hans	
¡ORA PONCIANO! Conzuela		Albers	1,-
Franch-Izida Soldano	2,-	EMISORA SECRETA, Willy Nir-	
LA VIDA ES UN TANGO, Sabina		pel	1,-
Olmos-Hugo del Carril	2,-	HUELLAS HORRADAS, Fritz Van	
ASI ES LA VIDA, Enrique Muñoz		Dungen	1,-
Ellas Alippi	2,-	"JETTATORE", Alita Román	1,-
ALLA EN EL RANCHO GRANDE,		TRES ANCLADOS EN PARIS	1,-
Tita Góezar	2,-	EL BEY DEL DINERO	1,-
LA CANCIÓN QUE TU CANTA-		REGINA DE LA SCALA, Margari-	
BAS, "Semillita"	2,-	ta Cavazzio	1,-

Pídalos en todos los buenos kioscos y librerías